REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII | San José, Costa Rica | 1933 | Sábado 18 de Noviembre | Núm. 19

Año XV. No. 659

SUMARIO

Una biografía de Pierre Curie por Madame Curie

= De *La Nación*. Buenos Aires. =

Biografías de esposas.—Varias biografías de Pierre Curie se han escrito en estos años que la química enseñorea y se han publicado en enciclopedias, revistas científicas y volúmenes. Pero enfiladas ellas sobre un mostrador de librería, nosotros nos iremos derecho a este libro breve y editado por Payot. ¡Cómo no, si lo firma la compañera y asociada de los trabajos, la noble mujer polaca del sabio francés!

El caso de que una mujer se haga biógrafa de su marido no es nada común, y conocemos sólo el de la condesa Tolstoy, que se ha visto forzada a hacerlo para defenderse de la jauría de los tolstoyanos, que por amor al maestro han metido garra y diente en su reputación

Tolstoy, el cosaco, fué, en cuanto a marido, el antípoda de Pierre Curie el francés, y así los libros de las dos mujeres se oponen como una tarde de estío provenzal y una noche de borrasca cerrada en la estepa (la noche de "Amo y Criado"). De una parte, dos criaturas felices en su pobreza, trabajando codo con codo en una alucinante investigación, estimándose las cualidades y agradeciéndose las ayudas cotidianas; de la otra, el barín y la barina infelices a pesar del latifundio próspero y la vajilla de plata, el semidiós inventor de órdenes cristianos con los cuales no puede, y enrostrando a Sofía desde su entrometimiento en el "Diario" hasta su chorro de hijos...

Es un alivio pasar de las confesiones de la rusa a las de la polaca.

El uso de estas biografías debería generalizarse. El que la mujer de sabio o escritor redacte mediocremente sus observaciones y el que la convivencia con el héroe le baje un poquito el énfasis admirativo, no importa demasiado. Ella es la mejor creadora de documentos morales y la dibujante natural de unos apuntes domésticos cargados de realidad.

El y ella.—Madame Curie cuenta rápidamente las edades que ella no le gozó a su compañero: infancia y primera juventud. Pierre Curie era un mozo espigado y con cierto desgarbo físico, hecho de abandono; la cabeza se le reconoce latina, de latinidad francesa, que es más suave que la italiana. En la costumbre doméstica es un hombre austero y delicado a la vez, con las sobriedades del trabajador y las ternuras del que no tiene a muchos cerca en quienes gastarlas; una llaneza extrema, la del socialista del tiempo, que era un socialista romántico y no todavía marxiano, y una timidez tan excesiva que se quedará siempre al margen de las ocasiones de ascender, porque mientras los "pechadores" profesoriales pasan, él se queda detrás del último sin decir cosa que le valga. Repugnaba la vida social por inútil, por desperdiciadora del manojo de los días, pero gustaba la frecuentación



Madame Curie

de los colegas y era un gran afectivo dentro de la familia y de los camaradas de infancia (las mejores, a su parecer). Madame Curie habla varias veces del aire absorto de sus ojos claros y de una larga "reverie" en la cual vivió, y que no le entenderán los que creen que el sabio tiene que ser siempre uno que está despierto entero. Su lema se lo había cuajado dentro de su temperamento y estaba diciendo siempre que "hay que hacer de la vida un sueño y del sueño las realidades". Amaba la pintura por cierta pasión infantil del color que le haría esperar que el rádium le daría coloraciones ricas; era un buen auditor en los conciertos y gustaba de la lectura literaria como cualquier sabio francés, que pone sus puntos de honra en saberse a sus clásicos y en leer a sus modernos. Sus cartas dicen de un sensible subido, al que las geometrías no amojonaron el corazón de carne.

Podemos injertar aquí alguna noticia corporal de ella, para el lector que la esté pidiendo. La hemos conocido treinta años después de cuando la miró, y la escogió Pierre Curie, pero no importa.

La madrina del rádium lleva ya una cabeza entera blanca, que sobre el negro unánime del traje deslumbra al que la ve de golpe. Los cabellos van echados bruscamente hacia arriba y atrás, donde hacen un moño duro; la piel es limpísima y de las más frescas; las líneas finas de la cara dicen que tuvo belleza en la juventud. Habla sobrio y preciso, desde su costumbre de definiciones y de las de química, que son las más rotundas; le gusta tratar lo suyo que es su vida, y se calla si el tema no la obliga con el parentesco. La voz contiene la autoridad suficiente y la mirada tempera el gobierno de la voz. El traje oscuro, de una sencillez más puritana que de monja católica—porque la monja misma se ha guardado una buena porción de gracia—no deja al ojo distraerse en él y lo echa sobre la cabeza cerámica, de blanco y rosado absoluto.

Así es, así la hemos visto, si la memoria no nos hace trampa.

Separaba a marido y mujer la distancia que los padres llaman excelente, de diez años. Cuando se casaron, el sabio tenía treinta y cinco años y veinticinco la estudiante. ¡Quién sabe qué virtudes secretas de ella, de esas que no le voltearán los biógrafos, o, como diría un teósofo, qué karma extraordinario le puso cerca, en el momento de la soledad y del tender la mano en el tanteo buscador, al mejor francés de su tiempo!

Lástima grande que no contemos, al lado de esta biografía, la que él pudo escribirnos de María. El hombre ocupado, perdidamente puesto a una búsqueda prodigiosa, no tuvo tiempo de anotar para nosotros la estampa de María Sklodowska, ama de casa preparadora de su comida, cosedora de la ropa de los cuatro que ellos eran, y ayudante en el laboratorio. El enamorado de las cartas que ella ha tenido el buen gusto de darnos en párrafos, y el redactor escrupuloso de los informes, habría escrito muy dulce y lealmente sobre la camarada de once años!

La pareja profesional.—A las gentes les parece todavía una ocurrencia mala y un si-es-no-es estrambótica la pareja de sabios y el matrimonio de profesionales. Y es que siguen viviendo sobre sus viejas estampas. Creen todavía que la pareja debe ser la del Adán sabio o atleta y la Eva, no ya zurcidora, pero sí mujer de mundo y aun estrella de cinematógrafo, cualquier cosa menos la socia en el oficio; estas parejas de trabajadores puestos en el mismo nivel de consumados pares, las perturba y las deja incrédulas de su felicidad. Al fin de cuentas, no importa mucho: esa pareja se hace de cuando en cuando y sale perfecta, a pesar de los augurios...

Matrimonio y vida de pobres.—María Sklodowska, hija de profesores, había sido maestra también en Varsovia, y vino a París a rematar estudios científicos que quería completos. Seguía sus cursos con la fidelidad que sobra decir, y también trabajaba con grupos desterrados polacos por la Independencia de su Polonia partida en tres y distribuida. Era una química con "debilidades" humanitarias como Berthelot, o revolucionarias, como Einstein, cosas que también van juntas a veces. Un buen día se encontraron el químico y la estudiante en la casa de un profesor amigo. Conversaron de estudios comunes, se descubrieron los otros intereses humanos convividos y, como en los textos clásicos del amor, se hallaron hechos desde cualquier tiempo el uno para el otro, libres para atarse de amarra buena y jóvenes para luchar con la vida de casados pobres aceptando incluso los hijos que el francés regatea...

María no tuvo otra vacilación que la de sus trabajos políticos por su patria, pensando que la mujer casada siempre es un poco la que se suelta de una patria y Curie le sosegó el escrúpulo con la liberalidad que le daría en adelante. Los dos laicos, y aun laicísimos, prescindieron de la ceremonia religiosa y se instalaron en tres cuartos amueblados a tercias con sobras de la casa de los viejos Curie.

Criada ayudadora de los atareados no la tuvieron entonces ni en muchos años; pero María, en su vida de estudiante, había aprendido a guisar no mal y a enmendar con lustres y mañas la vulgaridad de la instalación, y la suegra ayudó buenamente, cuando vinieron los hijos, a la yerna de horario estable. Lo conmovedor no es la pobreza, que nunca es virtud por sí misma, sino la buena cara que ambos le ponen. Los dos miran con el mismo desdén las blanduras dañinas y los regalos tontos de los otros, y sólo padecerán de la falta de dinero para las operaciones.

Curie trabaja en la Escuela de Física con un sueldo de trescientos francos mensuales (mil doscientos de hoy) y a su mujer le darán en tiempo más unas conferencias regulares en la Escuela Normal de Mujeres de Sévres. Con eso se vive, aunque sea mediocremente, pero no se costean los medios de trabajo, que en su rama son carísimos, desde los aparatos a los materiales brutos.

El descubrimiento mayor del siglo se hará en una barraca de piso asfaltado, que apenas se logra entibiar en las noches del invierno de París, por una estufa despotrada. Se escapan los gases malos de las máquinas viejas y los dos obreros trabajan en un riesgo permanente. La mesa de experimentación la forman unos cuantos tablones. Como no se puede pagar ayudantes, el enorme acarreo de minerales y de tierras, que suele subir a toneladas, lo harán ellos mismos, poco a poco, asistidos de esa paciencia de los sabios que sigue a la de los santos en la jerarquía de las paciencias...

El rádium.—El sabio Henry Becquerel ha descubierto por esos años la emisión insólita de unos rayos nuevos (1) que dan las sales de uranio, fenómeno que no bautizaría el descubridor, sino Mme. Curie, con el nombre que ya nos resulta vulgar, aunque es de ayer, de radioactividad. Colocando una porción de las sales envueltas en un papel negro sobre una placa fotográfica bastante delicada, ésta se impresionó netamente. La observación de Becquerel no fué mucho más lejos, por lo pronto.

Mme. Curie buscó entonces qué otros cuerpos producían emanaciones semejantes, operando para ello sobre los conocidos, y halló el thórium. La investigación capital sería la que sigue. La química pudo anotar cierta desproporción entre la intensidad de las emanaciones que solían dar ciertos minerales y la dosis verdadera que ellos contenían de uránium o de thórium. La llamarada de la intuición partió, pues, de ella, y así lo establece el párrafo en que se cuenta el hecho; la punzada del atisbo saltó de ella antes que de Pierre Curie En este momento del proceso, el francés dejará sus investigaciones de años sobre los cristales (una laboriosa averiguación sobre el crecimiento de ellos y la fijación de sus ejes de simetría) para incorporarse a la búsqueda emprendida por su mujer.

La disputa sobre si hay que dar la primacía a él o a ella en el descubrimiento interesa al vulgo y deja indiferentes a los del oficio. Ella supo que había que rastrear un elemento nuevo, pero el rastreo de allí en adelante lo harán juntos, y tan mezclados en el afán, pasándose las observaciones uno al otro en cada momento, que de veras ya no habrá sino un operador con cuatro manos igualmente hábiles. En un hijo ellos no se unirán más perfectamente.

Pierre Curie y Mme. Curie. En su laboratorio de la Escuela de Física y Química, en 1898

(1) Ya estaban descubiertos los Roentgen.

Trabajando sobre la pechblenda, ellos encuentran dos cuerpos radioactivos poderosos: el que la patriota llamará polónium, y del que ella dice que es el padre del rádium, y el rádium mismo.

Quedaba incorporado al conocimiento el cuerpo brujo, de cualidades fascinantes, que, como la criatura, posee una exhalación de calor, tan real que se la recoge en ampollas de cristal, donde vive hasta seis días; el cuerpo que es capaz de vivir mil seiscientos años, pero que a veces, sin que se sepa la razón, pasa suavemente a gas hélium y se acaba a ojos vistas; el cuerpo que, como el fuego, y sin confesión ígnea en el aspecto, quema a su operador o a su conductor atolondrado, pero que también seca y sana los males feos de nuestra piel; el cuerpo que es más caro que los diamantes perfectos, y que pareciendo en su redoma vítrea una arenilla muerta como las otras, es tan vivo que sus observadores todavía le hurgan virtudes que aun puede esconder, así es de potente su "presencia" cuando se le tiene cerca, que de presencia mineral les rebosa hacia la sospecha de otros órdenes... Cual más, cual menos, todos llevamos adentro el vermes original del mito, y leyendo la narración del proceso, nos sube sola de la hondura vieja la ocurrencia de llamar al huésped nuevo hijo de los operadores con más título que Irene y Dionisia, y se nos insinúa hasta la redacción del mito nuevo "El rádium, dios menor, había sido pulverizado en ciertos lugares por el titán X, de modo que no pudiera juntar nunca más sus miembros, echar de sí calor útil para los hombres y alumbrarse de sí mismo en la oscuridad. El titán Z, hombre y mujer, según el gusto indostánico, consiguió atisbarlo por un signo mínimo que hacía su polvo, lo reunió con paciencia filial y lo corporizó de nuevo"...

Grandeza e infelicidad.—La memoria de los Curie sobre el invento se propaga rápidamente, mucho más cuanto los generosos no guardan a su descubrimiento secreto alguno y ni siquiera piden patentes exclusivas para evitar su explotación. Han sido pobres once años juntos y pueden seguir siéndolo. Vienen de Inglaterra, de Alemania, de Escandinavia, de Suiza, mensajes, elogios y comentarios. Sin embargo, los esposos Curie no tendrán medios holgados de trabajo hasta que llegue el Premio Nobel, la recompensa extranjera. Pierre Curie no tomó a tiempo el acomodaticio seguro de vida que es un título profesional; él no es ni normalista ni politécnico, y según cuenta su mujer, con bastante amargura, nadie le ofrece aun ascensos y a los jefes les parece lo más natural del mundo aventajar ellos a Pierre Curie en jerarquía y sueldos, y pagar malamente a su mujer unas conferencias que son sin precio en la Normal de Mujeres de Sevres. La burguesía universitaria, una de las más odiosas entre las nacidas, aunque su aspecto sea tan honorable, ha cumplido una de sus tristes hazañas, dando desdén a los inventores y alargando con el desdén sus miserias de laboratorio.

Henry Poincaré, el matemático, logra al fin para él una cátedra universitaria, a fin de evitar que se les vaya a la Universidad de Lausana. Al Instituto de Francia lo llevarán sólo un año antes de su muerte.

El Premio Nobel llegó al fin, bipartido, pues fué asignado por mitades a Becquerel y a los Curie; era el alivio esperado toda la vida, el tiempo por fin disponible para las cosas mejores y la libertad, que tiene sentido sólo en el caso de los mejores, que la necesitan para usarla en grande.

La biógrafa, echando atrás patriotismos encubridores y cortesías inútiles, cuenta minuciosamente el vía-crucis de la investigación, el mérito desatendido por Sorbonas y Politécnicas. Su requisitoria es de actualidad hoy mismo, en la boca de un viejo sabio francés. La patria que por excelencia saca su honra y arranca su fascinación de una familia de sabios y escritores, es una extraña patria que los mantiene al margen de su protección. A los políticos franceses, como a los nuestros, les sobran las exigencias de electores que satisfacer con el presupuesto y se olvidan, con qué pesado olvido, de los Branley, que trabajan en una casucha con su sirviente como operadora.

La gloria llegó a la casa de los Curie, después del Premio Nobel, como una marejada, echándoles a perder la paz con el visiteo, las entrevistas y la publicidad.

El pobre gran Curie no gozó mucho tiempo la cátedra ganada y el pan cierto. Un día que regresaba de una reunión del gremio, el hombre distraído de los ojos que la "reverie" hacía más dulces, no vió que un camión de Pont Neuf se le echaba encima. Esa fué su muerte vulgar y torpe, parecida a la de Verhaeren: una rueda atollada en sangre y sesos en mitad de la calle y una agonía anónima de minutos que no asistirá la que asistió a toda cosa.

Había vivido, a pesar de sus penurias, dos felicidades de las de cuerpo entero: la pasión científica le pagó su deuda como se paga la osadía en los elegidos: con un cuerpo milagroso de la naturaleza que él regaló a los demás, a nosotros, tan pobres sobre una tierra rica; su pasión de hombre recibió una mujer que era su igual por algo más que la declaración del rito "Compañera te damos y no sierva"; María fué su igual sin superlativo cristiano.

Las manos de la química recogieron en una masa fea la cabeza que era suya por las viejas caricias y por la obsesión magnífica que allí vivía y que no acabó sino por el destrozo de esa "caja dura de los sueños blandos".

Gabriela Mistral

Nápoles, octubre de 1932.

Criollismo literario

= *Envío del autor*. La Habana. =

Para la curiosidad más reciente de los viajeros empinados en la connotación internacional—digamos Keyserling, Waldo Frank, Ortega y Gasset—, América es una tierra grávida de un mensaje que por siglos ha ido entrañándose. Ese mensaje puede estar muy cerca, o puede que no llegue nunca; pero la faz de América ha hecho pensar en una promesa, palpitante en el caos. Y no es posible que sea de otra suerte: América no ha dicho su palabra, porque ha vivido en el tanteo de encontrarse a sí misma; su gran tarea ha sido buscarse, sin saber que se buscaba. Quien aun carece de la propia conciencia de sí, no está en la hora de su mensaje. Pero la promesa le asoma por las esquinas de su múltiple inquietud, registrada en los barómetros de los viajeros de altura.

Hombres que se avecindaron en un continente remoto y desconocido, los conquistadores tuvieron primordialmente la tarea de constituir pueblos, en lucha de afincamiento y de adaptación. La conquista de la independencia va fué obra de las generaciones nacidas en América. Descendientes de una raza vieja, de la que habían quedado desvinculados, no se enraizaban tampoco con la raza indígena, sobre la que habían quedado superpuestos. El hombre americano resultaba así un ser sobre el que no gravitaba, fundamentalmente, ninguna tradición de cultura, y al que tampoco aguijoneaban anhelos de conquistas espirituales.

Fué largo proceso el de su despertar a la cultura, que por lógica consecuencia de las circunstancias, había de buscarse en los pueblos europeos y en Norte América. Haciendo un somero recuento, señalemos las orientaciones capitales que se trazaron al mundo americano. Alberdi y Sarmiento, con los ojos puestos en Europa y Estados Unidos, buscaban la norma para nuestra cultura. Lo americano es lo bárbaro, propugnaba Sarmiento, y proponía: "Seamos Estados Unidos" Europeizante fué también Andrés Bello, no obstante haber lanzado antes la declaración de nuestra independencia literaria. Más tarde, el arielismo de Rodó quiso dar a nuestra cultura un sentido helénico. Conductor por un momento de la conciencia americana, se orientó hacia una Grecia que impregnaba las páginas de sus ensayos, en los que la aspiración a la "sofrosine" clásica era demasiado evidente. En este aspecto, la obra de Rodó vino a significar un cambio radical de posición, ya que el ideal de una cultura griega estaría en los antípodas de los ideales de civilización práctica que Sarmiento había encarnado, y sugería en su imperativo yanquizante.

Una posición genuinamente americana, contrapuesta a la viciada del helenismo, había mantenido Martí mucho antes. A Martí no se le ha reconocido bastante su condición de americanista puro, y sin embargo, su obra está nutrida de un alto concepto de americanidad, y de las normas que nos llevarían a nuestra realización cabal. Para Martí, lo primordial era dar al aprendizaje y a la cultura un pleno contenido americano. Predicó en mil formas el deber de enseñar al dedillo la historia de América, de los Incas acá, aunque no se enseñara la de los Arcontes de Grecia. Ahora bien: señaló un camino que no podía dejar de recorrerse; pero los caminos de la cultura universal nunca estuvieron cerrados para él, ni pensó que debieran cerrarse para América. Estuvo muy lejos de encarnar la actitud super americanista del enjambre de reformadores políticos y sociales que se improvisaron y padecieron en nuestros países. Se espantaba, sí, de que en nuestras universidades se excluyera el aprendizaje de nuestra historia y de nuestra realidad americana, mientras en cursos dilatados se estudiaban minuciosamente las culturas clásicas. Al hombre de América había que llevarlo a fijar la vista sobre la realidad en que vivía, a descubrirle su sitio en el cosmos, a darle el sentido de su tierra y de su responsabilidad particular, por el hecho de haber nacido en ella.

Un nacionalismo exacerbado, rabioso, fué, sin embargo, la reacción contra las actitudes europeizantes que habían dominado. Se inculpó a la cultura europea de habernos cerrado el camino, y en la ceguera del exceso, se quiso desconocer cuanto debíamos a su aporte. Llegó a suponerse, con extravío peligroso, que la cultura europea había deformado, cuando no borrado, nuestras características. Se desconoció, en fin, que lejos de sofocar nuestro propio espíritu, la cultura europea—que no podía venirnos a la medida—sirvió para ayudarnos a comprender cuál era el lugar donde estaba nuestro destino cultural.

Indudablemente, el destino auténtico de América no podía hallarse sino en dirección hacia su propia entraña. Pero de igual modo que la herencia de la antigüedad clásica, con la que se nos había querido entroncar, no podía mover nuestros resortes de pueblo nuevo sin fondo real de tradición, la barrera de un aislamiento inexorable, por temor a una influencia a la que se concedieron fantásticos poderes capaces de anular o desvirtuar el espíritu nacional, sólo redundaba en una limitación empobrecedora de nuestras virtuales capacidades y realizaciones.

Con su claridad orientadora y rigurosa, Pedro Henríquez Ureña ha precisado los términos del problema, sentando de inicio que todo aislamiento es ilusorio: "No sólo sería ilusorio el aislamiento—la red de las comunicaciones lo impide—sino que tenemos derecho a tomar de Europa todo lo que nos plazca: tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental". Pero de todos modos, la "energía nativa" había de ser el fondo de su originalidad: aquella cultura extraña afectaría sólo a la forma de la nuestra, no a su fondo espiritual. Hay una frase de Martí que marca bien esta posición, que es precisamente nuestra más fecunda posición actual: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas".

Un criollismo pintoresco, costumbrista, sin sustancia humana, fué la consecuencia de aquel nacionalismo estrecho, superficial y aislador. De igual modo que la influencia europea, especialmente la francesa, dió el tono menor a nuestra literatura, los engendros del nacionalismo a base de reproducción del paisaje americano y los gestos pintorescos, no daban la medida de profundidad de América. Ya el romanticismo americano no había sido en buena cuenta un movimiento enraizado en la tradición; sólo que el paisaje de nuestro suelo había sido lo primordial, no el hombre americano. El ultra nacionalismo puso a relucir lo típico, que no es por supuesto lo auténtico, y desfiguró así lo verdade-

ro. Pero del ultra nacionalismo quedó lo que debía quedar: una conciencia de sí, que ya no perderíamos. Esta conciencia de sí fué como un alborear en América. De todas las latitudes irrumpieron las voces de santo y seña, y la consigna pareció una: trabajar en nuestro material americano, hacerlo con humildad, pero con seguridad de estar en el secreto. Pionero de esa actitud fué entre nosotros José Antonio Ramos, que percibió con claridad que la emancipación de Europa debía ser una emancipación del servilismo imitativo, pero no un exclusivismo que implicara desconocimiento o incomprensión. Y con el propósito de hacer obra americana, por insignificante que pareciera, pero con la conciencia de trabajar por la futura grandeza de nuestro continente, lanzaba su llamada firme de cooperación en un movimiento espiritual americano, con esta visión anticipada: "...si la misión del intelectual y del artista es verdaderamente universal, esto es, humana, fuerza es reconocer que ha de realizarse más plenamente cuanto más adentro penetre en la conciencia de los hombres" (1).

Al tener la revelación de que había de sacar de sí las posibilidades de su cultura, América percibió su potencialidad, y fué adquiriendo cierto grado de confianza en su destino, que siempre le había faltado. Ya el artista nuestro comenzó a saber dónde estaba su raíz, y afirmándose, comenzó a producir obra de aliento propio. Lo criollo vino a ser entonces algo muy distinto de lo que antes había significado: vino a designar lo característico de la nacionalidad americana, aun cuando esta nacionalidad no estuviera definitivamente formada en todos los pueblos de América. José Carlos Mariátegui, en su libro "Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana", sentaba que lo criollo no es aún una realidad, puesto que es un término que designa realidades de muy distinto grado. Por supuesto que si las nacionalidades americanas están en diversos grados de formación—lo que es un hecho cierto—el criollo, que sería su producto representativo, ha de carecer de específica uniformidad como tipo. Pero eso no puede negar su realidad más o menos lograda, y, esencialmente, su realidad potencial. El criollo será—es—, el producto sustancialmente indiferenciado, pese a todas las variedades que puedan hacerlo fácilmente identificable dentro de América. El propio Mariátegui no niega que nuestra cultura sea característicamente criolla, superado ya el criollismo que fué puro costumbrismo dentro de la literatura colonial, y alcanzado el pleno desenvolvimiento espiritual de nuestros pueblos. Sin duda que el nuevo criollismo es una concreción de las fuerzas nativas, que sin espíritu de imitación han sabido aprovechar, cuando no igualar, el ritmo de la cultura europea. El neocriollismo fué mucho más que un retorno a los motivos nacionales, y especialmente, a los de sabor tradicional —como hubo de apuntar Zum Felde—; eso pudo ser el criollismo en sus inicios, cuando se limitaba a una literatura costumbrista, típica, único material a nuestro alcance en el momento en que buscábamos nuestro sendero por un ciego movimiento de desvinculación de lo europeo. Si andamos ya por camino propio, es lo cierto que no pudimos hallarlo sino después de haber transitado las huellas de Europa, con impulso de dominio y vencimiento.

Tan pronto la literatura criolla deja de ser un mero intento de exotismo que ofrecer a la curiosidad extranjera, y se convierte en expresión de entrañada y firme correspondencia entre el mundo del escritor y la esencia y materia de su obra, ya el criollismo adquiere categoría de universalidad. Es la manera peculiar como el hombre de América recoge connaturalmente los latidos del mundo en que está inmerso, y les da categoría de ritmo humano. Un libro como "Don Segundo Sombra" no alcanza su consagración mundial por enmarcar un típico trozo de nuestra vida americana, que lo haga "interesante", sino por alumbrar con luz de nuestra propia vida—es decir, universal—una realidad americana. Lo gaucho en el "Don Segundo" es pura accidentalidad; su esencia es puro criollismo.

Vamos teniendo la conciencia de haber dejado de ser una provisionalidad. Se ha salido al encuentro de una cultura propia, y por ese camino vamos al encuentro de nuestra fórmula de universalismo. Ya aquella inveterada disposición a negar y renegar de lo propio, aquel convencimiento de insuficiencia y medianía que nos fueron connaturales, quedaron vencidos.

(1) *Tembladera*, por José Antonio Ramos. La Habana, 1918, p. 28.

MATLA (4)

(Fantasía indígena)

por

EUCLIDES CHACON MENDEZ

= Envío del autor. Alajuela, Costa Rica, 1933. =

—¡Xilotl!

—¡Yara!

Dos nombres escuetos, dos exclamaciones fugaces que bastan a expresar la sorpresa feliz, el amor de dos almas que había separado el azar. Ardorosas, febriles las manos se estrechan y en las bocas enmudecen las palabras. Hablan los ojos, dilatados, sonrientes, iluminados de dicha. En el silencio que les envuelve sólo escuchan el golpe atropellado de sus corazones inmensamente felices. Yara es un botón floreciente en brazos de Zilotl; éste, fruto madurado al calor de la apasionada emoción de Yara!

—¡Los dioses, con Xilotl, traen la felicidad de Yara!—dice la muchacha con entrecortado acento.

—Nada podrá separar los corazones de Yara y Xilotl, unidos muchas lunas ha en un mismo lecho de ilusión!—contesta el mozo reteniendo entre las suyas, como palomas dormidas, las manos de la moza.

—Yara tiembla al ver a Xilotl en la Corte de Cararé.

—¡Xilotl, no teme a nadie!

—¡Aquí todo amenaza a Xilotl: sólo el corazón de Yara ampara y defiende!

—Lo sabe Xilotl y eso le basta.

—Cararé ama a Yara y no perdonará a Xilotl.

—Cararé no reconocerá a Xilotl bajo el disfraz de un vagabundo.

—Cararé es listo, difícil de engañar.

—Xilotl sabrá burlar a Cararé.

—Si es descubierto el engaño el Cacique matará a Xilotl.

—Xilotl lo tiene previsto todo y triunfará.

—¡Yara duda y se angustia!

—¡Xilotl sonríe y espera! Disfrazado —explica tras breve pausa el mozo— Xilotl ha podido atravesar el país, andando de noche grandes jornadas y ocultándose de día en el bosque. Xilotl prometió a Yara rescatarla del poder de Cararé, y cumplirá.

—Yara no sabría qué hacer si muere su amado Xilotl! ¡Yara desaparecería como la espuma de la ola o el rocío en la flor!

—¡Cararé, ha dicho Yara, es listo, pero no podrá sospechar nunca que bajo la figura de un extranjero cantor, se oculta una flecha envenenada! Hace un momento ha podido comprenderlo Xilotl, fecundo en urdir la leyenda... Entre tres noches, cuando el primer rizo de plata de la luna flote sobre las aguas del río, Xilotl y Yara huirán. En el bosque Xilotl pondrá alas a sus pies y tomará en sus brazos a Yara. El Gran Espíritu protegerá la fuga de la hija de Kaurki...

Hay en la voz del muchacho cierta impaciente decisión que quisiera apresurar la marcha del tiempo. Yara replica con desconsuelo:

—¿Sueña Xilotl? ¡Lo que dice es imposible! ¿No sabe, acaso, Xilotl, que Cararé vigila, que sus guerreros no duermen, que todos aquí están alerta? La tribu no sabe más que guardar a Yara. Cararé ha ofrecido el cuerpo de su cautiva al Gran Sacrificador si antes de la fiesta del sol, no ha logrado curarle de su mal. Todas las tardes, al caer el astro,—Yara debe entretener al

Por el contrario, ya en América se intentan generalizaciones, de las cuales se quieren extraer las explicaciones de nuestra personalidad. Ricardo Rojas, en "Eurindia", nos explica—y por tanto a nosotros, antillanos, nos deja fuera de su explicación—por la confluencia de dos factores: europeo e indígena. José Vasconcelos, en "Indología", plantea una identificación de lo criollo en el indio auténtico. Ambos intentos—que ya van teniendo categoría de clásicos en América—no adquieren importancia en razón de su mayor o menor grado de aproximación explicativa de la realidad, sino como pasos de afirmación hacia generalizaciones trascendentes. Hombres nuevos están realizando estudios de conjunto, y ya se cuenta por docenas las obras definidoras más recientes. Cabe citar, en la Argentina, a Luis Franco, Juan B. Terán, Ezequiel Martínez Estrada y Carlos Alberto Erro, autores de "¿América Inicial", "Al servicio de la novísima generación", "Radiografía de la Pampa" y "Medida del criollismo", respectivamente; en México, a Alfonso Reyes, autor de la criollísima interpretación "Visión de Anáhuac" y de numerosísimos ensayos de contenido americano, y a Samuel Ramos, en sus ensayos sobre "La cultura criolla"; a Mariano Picón Salas, venezolano exilado en Chile, clarísimo definidor en sus ensayos "Hispano-América, posición crítica"; en el Uruguay, a Emilio Frugoni, "La sensibilidad americana", y a Alberto Zum Felde, "Estética del Novecientos" y "El proceso intelectual del Uruguay"; al dominicano Pedro Henríquez Ureña, con su "Utopía de América" y "Seis ensayos en busca de nuestra expresión"; en el Perú, al malogrado José Carlos Mariátegui, con sus "Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana", y a los más recientes, Jorge Basadre, "Perú, problema y posibilidad", y nuestro amigo Luis Alberto Sánchez, visita de claridad en plena tiranía, que en sus conferencias del Lyceum, a punto de publicarse con el título de "Esquema de la Cultura Hispanoamericana", hace la parcelación de nuestras características, por meridianos y paralelos de coincidencias y discrepancias espirituales, camino que le sirve para esta gran comprobación: "Existe un pensamiento, un arte, una literatura, una cultura americana". Todo ese esfuerzo tiene una significación primera: si existe una cultura americana, necesariamente existirá una fórmula que la explique por entero, y esa fórmula no puede salir sino de un crisol en que se hayan fundido todas las diferencias raciales, y quede el sentido de la tierra suspenso e incorporado al sentido humano.

Es curioso apuntar cómo la prédica de la unidad de América, ha dejado el sitio a la idea de una cultura americana, cuya consigna sería: unidad de designios, en manos y pensamientos que se entrecruzan. Las voces del americanismo no tuvieron éxito en su mismo círculo; pero el hombre americano, moviéndose hacia una concentración interior, se ha situado por sus esencias en un plano de interamericanidad. El camino hacia una conciencia americana—lo hemos visto—no podía imponerse por práctica de fórmulas políticas, sin virtualidad esencial. Pero en la concentración de los rasgos propios, se precipita un residuo que viene a ser lo esencial americano. Llamemos criollismo a ese residuo, ya se trate de la Argentina o de México. En él estarán compendiadas nuestras fuerzas de sustentación, y nuestra tarea única será llevarlas a plenitud.

La fórmula de lo universal criollo, que Carlos Alberto Erro concretó en su libro "Medida del criollismo", y que ofreció como objetivo para llegar a una válida verdad americana, nos parece básica. Si la carencia de perspectiva sobre una cultura autóctona determinó nuestra irresponsabilidad en todos los órdenes, nuestro empeño ha de consistir en realizarnos desde adentro, con plena conciencia de llevar en sí una misión de universalidad. El caso americano es el de quien ha oteado muchos senderos que

---

(MATLA) FOLLETÍN DEL *Rep. Am.* (14)

Cacique con fantásticos cuentos, hasta que el dulce sueño rinda los párpados reales. Yara defiende así su vida desde hace tres lunas; pero Yara no sabe ya cómo excitar su imaginación casi al agotarse. ¡Yara piensa que si la voluntad de los dioses es que aquí concluya su vida, Xilotl salve la suya y corra a servir y consolar a Kaurki...!

Dice las últimas palabras con un hilo de voz que acaba en sollozo.

—Me aflige que Yara hable así—replica el mozo, enternecido—. Allá en Nicoya Yara era distinta: la más diestra y valiente de las mozas; admirada de los hombres por su belleza y su coraje; despertaba la envidia de las mujeres por su habilidad en el manejo del arco. ¿Yara tiene miedo al lado de Xilotl, el más valiente guerrero de Nicoya? ¿No confía en la protección de Xilotl, que ha corrido grandes peligros para llegar hasta aquí? ¿La vida en la Corte, adorno de un palenque enemigo que roba el aliento de la montaña y la influencia del sol, separa a Yara de Xilotl, de Kaurki, de la raza que jamás sucumbió sino con el arco dispuesto para la última flecha?

Yara vierte copioso llanto sobre el pecho de Xilotl, quien al sentir la caricia tibia de sus lágrimas, exclama, conmovido:

—Llora la "pequeña princesa, que tiene el cutis más terso que la seda; los cabellos como hebras del manto de la noche; la sonrisa como pétalos de rosa esparcidos por la brisa; la mirada como lámpara sagrada donde arde la eterna llama de Amor?" (*) Llora cuando los brazos de Xilotl están ansiosos de llevarla pronto hasta los suyos, esos brazos que antes parecían a Yara el mejor de los refugios?... Llora aunque a su lado un hombre lleno de amor depone su fiereza de guerrero y le ofrece la libertad aun a costa de su vida?...

Yara que al conjuro de las palabras del muchacho ha ido serenándose, transportada por la emoción, responde:

—Los brazos de Xilotl han sabido alzar a la pequeña princesa, "son fuertes como las ramas de un árbol; pero es que Yara los quiere para que a ella sola la enlacen; quiere su cara varonil y bella, para que a ella sola siempre sonría; quiere sus piernas potentes que cortan la corriente como corta el viento las hojas del plátano; Yara quiere ser siempre pequeña, siempre débil para que Xilotl la proteja..." (*)

(*) De *Zulay*, por doña María F. de Tinoco.

Entonces el joven guerrero, tomando dulcemente sus manos, inclinado el rostro resplandeciente de dicha, la dice:

—Pasadas tres noches, no lo olvide Yara, al asomar su faz la luna, Cararé habrá perdido a su linda cautiva! Mientras tanto Yara debe esperar, confiar en Xilotl, que la ama, la amará siempre...

Apagado el eco de estas palabras apasionadas, Xilotl sale presuroso. Queda sola la joven, fijos sus lindos ojos en la puerta que acaba de trasponer su amado. Luego, los brazos en alto dispuesta para la oración, exclama solemne:

—¡Los dioses de mi raza protejan a Xilotl, mi señor!

Vase con rumbo contrario y sus pasos, menudos y quedos, como vuelo de libélulas, se pierden en el interior. En la estancia, brevemente desierta, entra Cararé, quien ha escuchado la conversación a través del delgado tabique. Tiene el rostro descompuesto, contraído con violencia el ceño, las manos cerradas para el golpe. Con alterado acento, cargando cada sílaba con el calor de una ascua, las palabras del Cacique resuenan como una maldición:

—Yara, Xilotl te ama, te amará siem-

(*) De *Zulay*, por doña María F. de Tinoco.

no podían conducirle a ninguna parte, y de pronto, tiene conciencia de que el sendero está en él. Entonces su fórmula se precisa: ya no se trata sino de una afirmación. Europa, con su desdén cuando sólo éramos imitación o mero color local, nos impulsó a buscarnos. Europa nos ayuda ahora, cuando ya andamos en trance de valoración.

¿Podemos esperar que nuestra cultura americana, que ya adquiere categoría de valor, logre afianzarse, por la creación de una cultura media que le sea subsidiaria? Precisamente la actual cultura criolla parece decidida a dejar de ser afición de élite. Nunca podría realizarse con más eficacia que ahora la ideal conjunción de un tipo de cultura única. Porque América tiene la sensación de llevar en sí su fórmula, de estar fundamentando su cultura, al contrario de lo que parece suceder en Norte América, donde el nuevo humanismo surge como consecuencia de un exceso de técnica, junto a un pregonado vacío de contenido cultural.

Uno de los signos más decisivos para diagnosticar hasta qué punto lo americano, lo criollo, ha adquirido virtualilidad para el hombre de América, como fórmula de cultura con pleno contenido humano, lo hallamos constatando que aquella condenación a no ser comprendido y dignificado, que pesó sobre tantos grandes hombres nuestros, ha dejado de tener su terrible eficacia. El hombre de letras tiene ya categoría de responsabilidad, desde que ha venido a ser el intérprete de la genuina conciencia americana. Son hombres de América, con palabras propias que decir, y designios propios también, los que viven en las páginas de las más recientes y decisivas obras de nuestro criollismo literario. Ahí están el "Don Segundo Sombra", de Ricardo Güirales, "La Vorágine" de José Eustasio Rivera, "Los de abajo", de Mariano Azuela, "Doña Bárbara", de Rómulo Gallegos, libros todos con libre tránsito en más de un idioma europeo, y que han tenido la virtud de proporcionarnos concesión de "mayoría de edad" ante la inteligencia del mundo. Pero con ser las obras capitales, no son las únicas. Valdría citar "El águila y la serpiente", de Martín Luis Guzmán, "La venganza del cóndor", de Ventura García Calderón, "Pero Galín", de Genaro Estrada, "El roto", de Joaquín Edwards Bello, "Chilenos del mar", de Mariano Latorre, "Panchito Chapopote", de Xavier Icaza, "Odisea de Tierra Firme", de Mariano Picón-Salas, "Don Manuel", de Luis Alberto Sánchez, "La asonada", de José Mancisidor... y tantos más, sin olvidar entre nosotros las novelas y dramas de José Antonio Ramos—"Tembladera", "Coabay", "Las impurezas de la realidad"—, y la producción criollísima de Luis Felipe Rodríguez—"La conjura de la ciénaga", "La pascua de la tierra natal", y sobre todo sus recientísimos relatos de cañaveral, "Marcos Antilla", con un ensayo lleno de claridad de nuestro Juan Marinello, en que se dilucidan muchos de los problemas que en esta lectura hemos tocado.

En resumen: ¿cuál ha de ser la originalidad del hombre americano? Nada menos que ocupar un lugar único que le ha estado reservado, creando una cultura y una universalidad. Y el destino impar de América es ser una codicia de futuro para ese mismo hombre que la puebla, y además, empezar a tener conciencia de tal destino. Esa será la gran fuerza política de América, su voluntad de criolledad.

Si alguien ha pensado en América como en la tierra de la promesa, nuestro Martí la llamó antes el "Continente de la esperanza humana". Quizá muchas de las cosas que nosotros hemos pensado y dicho, no sean aún más que intentos, promesas... Pero esas promesas nos parecen tan cercanas de realizarse, que nosotros queremos tomarlas por realidades. Es también una manera de propender a realizar un sueño, confundirlo un poco con la realidad.

Félix Lizaso

BIBLIOGRAFIA

Carlos Alberto Erro: *Medida del criollismo*. Buenos Aires, 1929.

Mariano Picón Salas: *Hispano-América, posición crítica*. Santiago de Chile, 1931.

Pedro Henríquez Ureña: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires, 1928.

Samuel Ramos: *La cultura criolla «Contemporáneos»*. México.

Luis Franco: *América Inicial*. Buenos Aires. 1931.

E. Martínez Estrada: *Radiografía de la Pampa*. Buenos Aires, 1933.

Luis Alberto Sánchez: *Esquema de la cultura americana*. *«Revista Bimestre Cubana»*. Julio-Agosto, 1933.

---

pre... pero no serás jamás de él. Aun no te ha librado de mi poder. Cararé llevó hasta hoy su alma encendida de amor por ti; en adelante, vivirá para la venganza!

Y cae sobre el suelo rendida la frente que ocultan las manos trémulas. Un ligero temblor sacude todo su cuerpo.

Fuera, el valle se despereza al sol meridiano.

DOS ALMAS, DOS INMENSIDADES

Aposento de Matla. Media Noche. Yara, al arrimo de un brasero, contempla las ascuas que apenas dan lumbre bajo la ceniza. Los reflejos pálidos del rescoldo se prenden de sus ojos y con su llanto ruedan, igual que gotas de fuego, por las mejillas exhaustas. Matla recata su blanca vejez en el regazo oscuro de un rincón. A la escasa luz, su rostro marchito denuncia gran inquietud. Las dos mujeres permanecen mudas e inmóviles como esfinges. El ambiente está cargado de aflicción. Sólo rompe el silencio de la estancia el chirrido de las brasas que se enfrían lentamente. Afuera el valle dormita bajo la claridad argentada de las estrellas... Es la hora del ensueño, cuando el pensamiento se torna fantasía y los ojos dormidos se "abren" al fugaz mundo de la ilusión. No obstante, en el aposento de Matla vela la tristeza como cuervo en acecho. La paz exterior llama en vano a la puerta; en la tibieza interior dos almas se angustian: alma de Matla, cansada de la lucha, que se abre a la inmensidad del Más Allá; alma de Yara, fruto por madurar, que florece a la inmensidad de la Vida.

La sombra de Yara se proyecta difusa en la pared y al compás del resplandor intermitente de la lumbre, salta y contorciona como una danzarina infernal. Los ojos de Matla, insomnes en la media luz, brillan como dos ascuas agónicas.

—Yara necesita del favor de Matla—la voz de la muchacha es una queja, un sollozo a flor de labio.

—¿En qué puede la vieja Matla ayudar a Yara?—responde la anciana.

—Matla conoce a los hombres y sabe ablandar sus corazones como la lluvia el terrón.

—Matla sabe que ya todo es inútil!

—No; en Yara no ha muerto todavía la esperanza!

—Pero en el corazón de Matla sólo vive el desengaño!

—Matla puede salvar a Xilotl por la dicha de Yara—insiste, entre lágrimas, la cautiva.

—¿Qué hacer para servir a Yara?—replica, compadecida, la esclava. Hay en sus palabras dejo de renunciamiento, de resignación ante lo inevitable.

—Matla goza de respeto y cariño en la Corte. La palabra de Matla es bien escuchada por todos. Cararé, si Matla lo suplica, perdonará!—esta última palabra brota de los labios de Yara empapada en llanto. Algunas lágrimas caen sobre los tizones en los cuales, por instantes, marcan su huella como negros lunares. Matla no responde de inmediato. En su pensamiento líbrase angustioso combate: la alianza ancestral de la sangre que la liga a su tribu y la tragedia del amor de Yara que despierta su compasión de mujer. Salvar a Xilotl es traicionar a los suyos y Cararé jamás se prestaría para eso. Ella misma no podría, por pasajera flaqueza, deshonrar a su tribu: la sombra de los antepasados se interpondría, acusadora, hasta el final de su vida y propiciaría grandes padecimientos más allá de la tumba. Matla se mustia de congoja ante la cruel disyuntiva. En aquella hora su alma sufre el vértigo de dos abismos: el amor y la fatalidad; con el primero, la maldición y la muerte de Matla; con la segunda, el sacrificio de Yara. Vence, en primer momento, su egoísmo:

Vicente Blasco Ibáñez

= *Envío del autor.* San José, C. R. =

En los diarios de estos días no se ha comentado el homenaje tributado en España a la memoria del insigne novelista con motivo de haberse cumplido lo que de seguro fué su último designio, que sus cenizas fueran trasladadas y sepultadas en la tierra que lo vió nacer. Estas ceremonias póstumas que son excepcionales cuando se asocia todo un pueblo, tienen un significado de justicia o de reparación, es una noble lección para los jóvenes cuando se trata de un héroe o de un esforzado trabajador intelectual. Puede decirse que la verdadera gloria, que es la concedida por la posteridad, empezó para Zolá el día en que se abrieron para sus restos mortales las puertas de bronce del Panteón de los grandes hombres y que para Blasco Ibáñez la nueva actualidad de su nombre se inició en la pasada semana en que su cuerpo inanimado llegó en el barco expreso a las playas que dora el ardiente sol valenciano.

Son de seguro conocidas las etapas seguidas en su derrotero por este fecundo escritor. Al principio en cortos relatos y en algunas de sus primeras novelas, describía la vida y costumbres de su ciudad. Inolvidables son los cuadros de la "huerta" por su pintoresco realismo y el color encendido de esa región mediterránea en que el verde de los árboles parece de esmeraldas y el azul del mar copiado del zafiro y hasta el listón de los caminos es digno de figurar en los cuadros de Sorolla. Las páginas de "Entre Naranjos" guardan fresco atractivo para las imaginaciones y fueron para mí, como la tarjeta de visita de que se hubiera servido el novelista para cautivar mi admiración.

Pasó después, ensanchando sus investigaciones de Valencia a España, y en esa época, sus novelas analizan los problemas religiosos ("La Catedral"), las intrigas políticas, las cuestiones sociales que afectan a la Península, en parecido método, si no en la forma, en cuanto al fondo, de los cuadros que con mano magistral nos han dejado Pérez Galdós, Valera, la Pardo Bazán, para citar sólo a ilustres desaparecidos y consagrados en las letras.

Vinieron los viajes que para un hombre de esta talle eran indispensables y entonces fué Hispano-América el tema favorito de sus disertaciones al encontrar, digamos, la veta áurea de nuestros paisajes para escenario de sus libros, despertándose en él facultades de ironía que posee todo espíritu de buen español al renovarse sus observaciones frente a las peculiares costumbres de estas tierras descubiertas por sus antecesores.

Quiero recordar como ejemplo de esta serie "Los Argonautas", curiosa novela que tiene por marco un trasatlántico en viaje entre Europa y América en la época que precedió a la guerra mundial, que hoy parece tan remota como debieron juzgar los tiempos de antaño, los hombres del siglo XVIII que sobrevivieron al cataclismo histórico de la Revolución.



Blasco Ibáñez

Visto por *Arteches* (1919)

"La Argentina y sus grandezas" no es una novela, pero tiene todos sus atractivos. Parece que fué un libro escrito por encargo y ya se sabe lo deficiente que suele ser la inspiración en las páginas pedidas para un álbum, permítase el ejemplo, pero con todo, cuando tuve ocasión de leer ese voluminoso tomo en su edición de lujo, se arraigó en mí un deseo, una ilusión, que aliento todavía, de recorrer la prodigiosa tierra de los gauchos, que nos ha dado el milagro del Sur y llamo así al estupendo ejemplo de progreso de aluvión humano, por la inmigración y mezcla en tierras y pampas fecundas de contingentes de todos las razas que se amalgaman y empiezan a formar al hombre argentino, que no es inferior al yanqui y que algún día pueda superarlo en los atributos del espíritu sin dejar de poseer su asombrosa actividad y su facultad de adaptación a todos los trabajos de quien codicia las riquezas materiales.

Con "Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis", Blasco Ibáñez, que había llegado a la plena madurez de su talento, alcanzó una etapa a la que sólo unos pocos privilegiados pueden aspirar: la de ser un novelista mundial, de cotizar su nombre anunciado por las trompetas de oro en las grandes metrópolis del mundo; la de ver traducidas sus fantasías a todas las lenguas, la de contemplar sus ediciones lanzadas por millares y agotarse, como si el público tuviera fiebre de leer sus páginas y deleitarse con las invenciones pintorescas de su ingenio.

El dantesco espectáculo de la guerra europea a pesar de que ha tentado a varios renombrados escritores, no tuvo en los antros infernales de las trincheras, observador más atinado que Blasco Ibáñez porque sus cuadros de conjunto, superiores a los prolijos detalles de "El Fuego" del autor francés, lograron dar la sensación del horror de la verdadera guerra, haciendo vibrar al propio tiempo los viriles sentimientos, el patriótico entusiasmo de una Marsellesa entonada a grandes voces, que sólo puede disculpar y ocultar a medias en un impulso irresistible de vencer al enemigo, el oprobioso crimen colectivo de estos años terribles para la humanidad civilizada.

Si se han leído los tomos del novelista en que describe su vuelta alrededor del mundo, no puede menos que adivinarse ese don especialísimo de saber contar, de amenizar el relato de darle variedad y color a la prosa en tal forma que nos parece escuchar al viajero, y que éste fuera el árabe que escribió "Las Mil y Una Noches". Porque el Viaje no encierra grandes lecciones, ni acredita ciencia ni pasmosa erudición en el autor, pero resulta como todo lo suyo muy ameno y cuando se ha terminado se lamenta que tan presto terminara la jira y en tan grata compañía.

Una de sus observaciones se quedó impresa en mi memoria: la de que en la India, como espejo del mundo, son las religiones, el odioso dogmatismo, el choque de ideas acerca del más allá, lo que ha engendrado más luchas y ha causado más derramamiento de sangre y mayor discordia en la familia humana. Cristianos en sus varias iglesias, Mahometanos, Budistas, diversas sectas de la antigua religión del país, se dividen como en feudos a los territorios y a los creyentes; la idolatría en todas sus formas, la intolerancia hija de la pasión, el caos que se apodera de los espíritus que pretenden a su modo poseer en forma exclusiva, el reino de la verdad.

En Jerusalén, en el Santuario consagrado a la guarda del Sepulcro del Redentor, la rivalidad priva entre los monjes encargados de servir al templo del Dios que predicó fraternidad y dió su vida para aleccionarnos en la mansedumbre y el perdón. Y por mi imaginación pasaban las hogueras de Toledo en que se achicharraban moros y judíos, y las prédicas que se llevó el viento de Fray Bartolomé de Las Casas y los horrores que se originaron por el cisma del catolicismo y las guerras de la Reforma.

En los últimos volúmenes que aparecieron con la prestigiada firma de Blasco Ibáñez después de su éxito definitivo "El Papa del Mar", "En busca del Gran Kan", "A los pies de Venus"), cultivó el género de la novela histórica; un episodio central docomentado en un personaje, como el "Papa Alejandro VI o su hijo César Borgia"; que personifican un período o las proezas de la raza hispánica en el descubrimiento y la conquista de América; que son temas favoritos suyos, le sirven de marco o de fondo a los cuadros, a la manera de Walter Scott, o del inimitable Dumas padre, para que a su alrededor fluya su prosa cálida cada vez más pintoresca, más atractiva, más elocuente. Esta clase

(Pasa a la página 300)

Estampas

Pensando en Omar Dengo

(En el 5º aniversario de su muerte)

= Colaboración =

Quisiéramos para Omar Dengo una manera nueva de honrarlo en su aniversario, porque lo que se ha venido haciendo no es digno de su vida fuerte y constructiva. Llevarle en procesión flores a su tumba y dedicarle pláticas y música no es ir al fondo de su vida. Esa rutina tiene que desaparecer o dentro de poco no quedará de Omar sino un recuerdo infecundo. Lo que pensó y sintió como hombre con aspiraciones de redención, morirá miserablemente. Harán de él leyenda y lo tomarán los bribones para justificar atrocidades. Cuando no lo beatificarán y se establecerá el culto que anula y envilece. Porque va por el camino de esas calamidades. Tanto bueno que trató de infundir hablando y escribiendo y no hay después de su muerte el trabajador que haga de la enseñanza, de la lección, medio de estímulo para la difusión. Aquí oirán, sus malquerientes, la llamada que los junta a preguntar qué se hicieron los discípulos de Omar Dengo. Pero como la pregunta la hacen siempre con los ojos puestos en sus años de dirección de la Escuela Normal, tenemos que decir a esos escarnecedores que ni Omar pensó en discípulos, ni el medio era para dárselos. La condición de discípulo supone la existencia de maestro en posesión de sabiduría. Y su naturaleza no tuvo nunca celdas dispuestas a alojar sabiduría. Fué, así lo creemos, un trabajador de excepcionales capacidades. No tuvo empeños ridículos. Dió su inteligencia a la obra educadora que lo retuvo hasta su muerte. ¿Cómo duele pensar que en torno suyo no se congregara la población escolar capaz de haber aprendido sus métodos de aprendizaje, su autodidactismo ejemplar. Sin embargo, esas escuelas no tienen otro fin que recoger a cuanta unidad quiera formar el ejército de la pedagogía y uniformarla y soltarla a marcar el paso. Rara vez aparece el rebelde que no muestra sumisión ninguna, que censura e irrespeta. Rara vez, porque lo usual es lo que vamos viendo en esa revista interminable de la pedagogía y del bachillerato. Buscarle discípulos a Omar es cosa de zonzos.

Su aspiración grande fué matar la tendencia innata en el estudiante a marcar el paso. ¿Saben esto los que en su aniversario van a rodear su tumba, los que le dedican pláticas y cantos? Mejor hicieran meditando su obra. Podrían remover muchas losas y entonces el canto vendría espontáneo. Canto alegre por haber puesto en práctica algún principio que Omar trajo y el cual vivió mientras él pudo alimentarlo, o no vivió en absoluto por causa del ambiente. Del alumno quiso hacer algo original y entonces continuó la práctica de las asambleas semanales implantada ya por sus antecesores en la dirección. Dicen aquellas personas que lo escucharon regularmente que cada asamblea daba a Omar un poder que le inspiraba las mejores ideas de su vida. Y es natural el suceso. Veamos qué eran para Omar las asambleas: "Las asambleas que me corresponde dirigir participan de la variada obra de aquellos progenitores. Sigo conceptuándolas como instrumentos los más aptos para buscar el oriente que a la nave conviene. Por eso efectuadas hoy con un fin particular y mañana con otro, hoy en una y mañana en otra forma, sus objetivos y modalidades concurren todos, dentro de una amplia tendencia, a promover el espíritu de institución de que habla el señor Torres. Y cada día lo consiguen más. La misma incesante mutación de la compleja actividad de la Escuela les atribuye fin y les sugiere la obra oportuna; y en armonía con las nuevas necesidades y los nuevos problemas, modifica el uno, reforma la otra, y así, rectificándolos, readaptándolos, los perfecciona. Un día se lee y comenta, otro se dictan instrucciones, otro se pronuncia una oración cívica, o una disertación moral, o se hace



Omar Dengo

una conferencia, etc. Pero todo ello obedeciendo a los mismos espontáneos impulsos que la vida de la institución determina". Buscar el oriente, es decir, hacer de la escuela a su cargo una institución viva y no el cernedor de huesos uniformes. Buscar el oriente para enseñarlo a la población escolar para que de la escuela fuera a crear y no a aplanarse y a vegetar. En esas asambleas establecía lo que para nosotros es salvador: la deliberación. El profesor exponía con el mismo espíritu que el alumno. Y nadie imponía parecer. Con lo cual el estudiante ganaba en libertad y en medios de expresión. La deliberación da al hombre un sentido grande de la vida. La tendencia hoy es imponer la sumisión. Allí están los regímenes despóticos concentrando en una sola pezuña los destinos de una nación. ¿Qué deliberación se permite al despotizado? La voz de mando tiene que encontrar acatamiento pronto. Es natural que un ambiente así acreciente en el individuo, su instinto de obediencia y produzca al final gente indiferente y sin ideales. El déspota perdura por el mal que hace matándole al hombre su poder deliberativo.

En la escuela dirigida por Omar Dengo hubo la aspiración de formar educadores con espíritu capaz de no callar. Las asambleas daban al alumno libertad y ese alumno la usaba, la hacía móvil y se incorporaba a la institución. Recuérdenlo los que cumplen con el deber de hacerle solemne su aniversario. Vuelvan sobre sus escritos y lean. "Ocurre que pueden llegar al estrado a comentar la palabra del profesor, a confirmarla o refutarla. Tienen derecho de hacerlo, y hay que darle hasta sistemática oportunidad al ejercicio de tal derecho. Sólo temen al ejercicio de los derechos de la juventud los educadores que apoyan su obra en el miedo o en el respeto artificial que a fuerza de convencionalismos imponen. No sabrían qué hacer estos buenos hombres si los jóvenes les perdieran el respeto. En cambio, los que entienden arraigar su obra en el amor, jamás temen la irreverencia. Y cuando hay conflicto entre las opiniones de los jóvenes y las nuestras, disponemos de un admirable recurso: darles plenamente la razón, si juzgamos que la tienen; si no, convencerlos de la bondad de la nuestra. Esto que suele ser lo humano donde quiera, la verdad es que en los colegios ha solido entenderse de otra manera. El profesor tiene la razón, debe tenerla siempre. Pobre el alumno que intente defender la propia siquiera sea con el más

distinguido respeto. Asimismo, le cedemos nuestro derecho si es mejor el de ellos, y si no, sacrificamos el nuestro, a cambio de que la juventud tenga el ejemplo de nuestro sacrificio, mil veces más noble que la arrogancia de un triunfo impuesto". Es grande en sugestiones este capítulo dedicado a las asambleas y retiene al lector reflexivo. Lo retiene para sugerirle, al volverse a cumplir otro año de la muerte de Omar, que trabaje porque recobre sentido creador el recuerdo que hagan de su memoria. Mucho debemos a la inteligencia de esa vida malograda por tantas adversas circunstancias que hicieron olvidar al país que tenía en ella algo realmente superior. Y no podemos sumirla en el rito que lleva al olvido mortal. Preguntémonos qué hay por hacer de lo que Omar concibió como aspiración que debían realizar las generaciones nuevas. Esto antes que las flores sobre su tumba, que nada dicen cuando no las lleva la mano que obedece a una inteligencia empeñada en penetrar hondo en la realidad para no vivir de la leyenda necia y estúpida. Esto antes que la plática insulsa hecha con el ánimo de lucir alguna habilidad oratoria. Insistamos en que a Omar no debe estudiársele con el ánimo de encontrar en él al pedagogo. No fué pedagogo este costarricense que trabajó por dar a la Educación nacional un sentido de que ha carecido y sigue careciendo. Contra los pedagogos estuvo él, porque "se encierran a ignorar a la juventud en la tradición rutinaria de una superioridad ridícula"; porque "creen que la suprema función de los colegios consiste en dictar cuadernos de ciencia muerta y consideran que todo lo demás es perder el tiempo". Meditemos en lo mucho que su inteligencia concibió y difundamos luz, la luz fuerte que él nos dejó.

Sugiere mucho el pensamiento de este espíritu activo y variado. Busca el comentario en cada hecho y con su fina penetración nos retiene en sus pareceres. Para los que quieran librarlo de todo rito hay páginas suyas que deben ponerse a circular y así prepararán generaciones sensibles al peligro. Quiere hacernos comprender nuestra propia superioridad sobre el extranjero en lo que se refiere al resguardo de nuestros intereses. Piensa de seguro en tanto atolondrado que cede al extranjero todas las primacías cuando ese extranjero viene a "civilizarnos". Pero Omar no fué un atolondrado y dijo: "Odio al extranjero, no. Pero sí conviene que nos formemos la ilusión de que somos capaces de realizar por nuestra propia cuenta grandes empresas, grandes obras. El intento de concebirlas, el sueño de poseerlas, el ensayo de crearlas, el orgullo de suponerlas nuestras nos educan. Vana sería y no sólo vana, sino peligrosamente adormecedora, una fe lírica en nuestra capacidad o en nuestra grandeza. Pero es concebible y realizable un propósito de darle realidad a la fe... Amor a lo nuestro, amor hondo, amor capaz de despertar clarividentes concepciones de nuestro destino. Ese amor nos salvará de algo peor que el odio al extranjero: la sumisión venal al oro extranjero". No fué Omar un atolondrado que antepuso la capacidad civilizadora del extranjero a nuestra propia capacidad. Sabía que el extranjero se educa, en las naciones imperialistas, obedeciendo a principios que acentúan siempre su fe en las capacidades de su propia nación. Y por esto, pensando de seguro en esos extranjeros de procedencia imperialista, los pospuso al costarricense en la administración y regulación de nuestros propios intereses. Y nos dió vigilancia. Nos enseñó a no atolondrarnos cuando vemos que el extranjero pide campo para civilizar y trasplantar el bienestar que en su nación disfruta, prometiéndonos convivir con nosotros sin conquistarnos, sin volvernos a la postre sus vasallos. Visión clara la de este costarricense que no fué un atolondrado. En su aniversario volvamos activas sus enseñanzas que nos aguardan para hacer obra creadora y fuerte.

Juan del Camino

Costa Rica y noviembre de 1933.

De un costarricense según el Espíritu a quien seguimos admirando y amando

= *Colaboración* =

Donde posó su pie de peregrino, o donde puso la caricia de su mano, o donde fijó, aunque fuera por brevísimos instantes, la luz de su mirada, o donde puso a vibrar la palabra que salía bien oliente y alada de su corazón, o donde fijó el dardo de su pensamiento, o donde dejó caer la aurora de su amor, o donde puso su ilusión, allí renace inmortalmente la fuerza milagrosa de su espíritu.

Era de esa casta de transformadores que a la luz de la sabiduría del corazón contribuyen a revelar y a acrecentar la obra del universo.

Las más humildes cosas abrían para este maestro, sus entrañas, transformándose en sentidos universales o en símbolos o en ideas. Las almas en su luz crecían como los árboles bañados por la del sol.

No es extraño, pues, que quienes por inmerecido don del destino vivimos a su lado horas de noble exaltación, lo busquemos este día y mañana y siempre. Lo busquemos entristecidos y esperanzados. "En el árbol tenían los pájaros sus nidos; no sabían cuánta fortaleza cristalizaba en sus ramas abiertas generosamente; no sabían cuánta belleza cuajaba en su verde fronda; no sabían cuánta dulzura extraída con dolor de la materna tierra, almacenaba espléndido, en sus frutos; no sabían cómo en su noble corazón rimaban el mar y el viento... Y un día el árbol desapareció del bosque y cuando al atardecer llegó la ronda de pájaros buscando al amigo sin lograr hallarlo se esparció en el viento su llanto de trinos y de quejas! Y llegó la noche y al levantar sus ojos hallaron, allá arriba, el árbol que cubría todo el cielo con su fronda de estrellas rutilantes y límpidas!"

Su capacidad creadora comenzaba en sí mismo, y ganaba nuestra admiración esta maravilla. Para este hombre amanecía doblemente; porque con cada nuevo sol que alumbraba la tierra otro nuevo sol alumbraba su espíritu. Se le veía crecer concitando en su carácter todas las más hermosas virtudes que somos capaces de incorporar a nuestra personalidad.

Su actitud habitual era la del creador, la del sembrador; allí donde otros no veíamos más que desierto y aridez el maestro vertía las corrientes alegres de su espíritu y creaba; creaba inquietudes, anhelos, aspiraciones. Dejaba enterrada una pequeñita, a veces casi invisible simiente que luego se convertía en flor de paz o flor de alegría o en flor de comprensión en flor de paternidad!

Ahondaba, ahondaba con tenacidad de minero en los sucesos, en las cosas, en las almas y a veces volvía con el encanto en los ojos del que ha descubierto ciudades de milagro sepultadas bajo los bosques o bajo las arenas de los desiertos.

A veces, en estas excursiones de buscador, nos sorprendía revelándonos en nuestros propios pensamientos o palabras o gestos en nuestras propias almas las existencias de ricos tesoros que ignorábamos.

Era un creador por naturaleza y por consciente aceptación de su espíritu.

Por eso, dejando el camino de la profesión lucrativa, se vino a este campo de la escuela donde palpita, en plano noble, la vida del alma joven preñada de posibilidades!

Quiso servir a la causa de Dios y del hombre en la fuente misma de la vida en el alma del niño, en el alma del joven.

Don Omar, que por su capacidad intelectual, por su don de palabra convincente e instintivamente artística, por su dedicación de estudioso, por su penetración psicológica y don de gentes, hubiera podido, como dicen los burgueses "labrarse una fortuna" y hacerse una "posición social"; desdeñó el éxito que encumbra y da fama por esta corona de sacrificio silencioso, que ennoblece, ya para la inmortalidad, su frente, como con resplandores estelares; prefirió ser "un simple maestro de escuela".

Nunca en nuestra patria ha sido más ennoblecida la profesión de maestro que cuando este educador, encarnándola en su propio corazón, en su propia vida, le dió el sentido altísimo de su espíritu.

¡Qué manera de ser maestro!

¡Qué manera de darle lustre y altura a la escuela!

¡Qué manera de comprender su responsabilidad de educador!

Sin poses de apóstol; sin exhibicionismo de farsa, sin pedantería de pedagogo; podadas, hasta donde es dable en lo humano, variedades y flaquezas, se irguió su figura de maestro para decir su palabra donde fuera necesario, respaldada en la virtud de su propia vida.

Fué el eje de toda su obra la diamantina estructura moral de su personalidad. Su obra alcanzó luces de perfección porque creaba con manos límpidas y corazón puro. Fué una fuerza viva orientada hacia la luz plena, que excluía de su trayectoria toda sombra, en un formidable afán de perfección, de progreso, de creación!

Simple maestro de escuela que tuvo talla para levantar desde su aula la voz de protesta indignada contra la tiranía y que por la protesta se quedó sin cátedra oficial y sin luz y sin pan para el hogar recién formado.

Maestro de escuela que prefirió el hambre y la angustia a la indignidad.

Maestro de escuela que se fué a las tribunas de la política para defender el porvenir que es defender a los niños; para poner en medio de los humos pestíferos y las fogatas canibalescas de la politiquería, su palabra pura llena de prestigios solares.

Maestro de escuela que hace oír entre las voces agrias de los intereses, entre los gritos inconscientes de los que esperan medrar, entre la oratoria mentirosa de los que se hacen pasar por adalides, la voz de los principios respaldada en la utoridad irresistible de su vida ejemplar!

Maestro de escuela que tiene visión honda de su responsabilidad y autoridad moral suficiente para devolver, con sinceridad de quien no fué a la política para logros personales ni para pedantes satisfacciones, una cartera de ministro al gobernante que se la ofrece equivocándose completamente en cuanto a lo vertebrado de su estructura cívica!

Maestro de escuela que renuncia una representación internacional porque para aceptarla hay que ir a sentarse a la mesa del banquete en un pueblo hermano oprimido por la estupidez de un tiranuelo. Maestro de escuela que vive el culto a la libertad y rehusa aceptar silla en el Centenario de la Batalla de Ayacucho porque en el Perú la libertad es un mito y los tiranos que celebran a Bolívar escarnecen su memoria y burlan el espíritu bolivariano que fué hoguera encendida en la obra de la libertad. Maestro de escuela que se iba a poner su opinión en los periódicos y el país lo oía con reverencia.

Maestro de escuela que soportó estoicamente la indiferencia y hasta la mala voluntad de superiores y gobernantes antes que cometer una indignidad para "quedar bien" con los de arriba y que en su decisión honrada y firme como una roca, siempre prefirió quedar bien con su propia conciencia, con su responsabilidad de educador de juventudes!

¡Qué riqueza moral la suya! ¡Qué limpidez la de su frente! ¡Qué herencia de nobleza para todos los maestros del país! ¡Qué luz más alta para la escuela! ¡Qué ejemplo de ciudadanía para todos los jóvenes costarricenses!

¡Y fué en lo grande como en lo pequeño! Porque no admitía que hubiera pequeñeces en lo atañadero a la vida moral. Amplísimo de criterio, amplísimo de corazón, para desbordar sobre el hacedor de mal la luz de su comprensión o el suavísimo bálsamo de su amor, supo imprimir a todas sus acciones y palabras y pensamientos una decidida rectitud como flecha arrojada por arco vigoroso para dar siempre en el punto central del bien, del cual no lo apartó jamás ni el temor a los grandes ni la complacencia con los pequeños, ni las tentaciones de fuera ni los orgullos de adentro. Por eso resultaba para muchos un hombre incómodo. ¡Denos Dios en esta hora y en el futuro para bien nuestro y de nuestra patria, muchos de estos hombres incómodos, que la ruina moral de este país viene, en mucho, de lo demasiado acomodaticios que somos todos nosotros!, de esta blandura que nos está convirtiendo en cartílago de hueso de nuestra columna vertebral; de este temor ratonil que no se atreve a ponerle el cascabel al gato!

La integridad moral fué la que hizo de don Omar el gran educador que seguimos amando y admirando. De este núcleo de su vida irradió la luz que envolvió toda su personalidad y toda su obra. Esta fué la virtud que le dió alientos para no desfallecer ni un sólo instante en la construcción de su bellísima idealidad!

Y digo que le dió alientos esa fuerza para no desfallecer porque hubo dolor, mucho dolor en su vida. Dice Martí, otro gran agonizante como don Omar: "A sus mejores hijos desgracias da naturaleza! ¡Fecunda el hierro al llano, el golpe al hierro!" El golpe del dolor fecundó su maravillosa vida porque supo encontrar en la pena, en la congoja, en la angustia, la llama purificadora. Porque su dolor fué resistido con nobleza y en vez de secarle las fuentes de la vida o enturbiarle su visión de belleza o de tornarle egoísta la comprensión del saber, o de aflojarle los ligamentos de su voluntad enderezada a fines superiores, labró un nuevo cauce a su espíritu, le dió la llave de la meditación y en algunas horas de su vida pudo hundirse en el mar de amarguras para surgir de él con el verbo de Job, que confunde a los hipócritas y que tiene en respuesta la Voz de Jehová, espléndida de luz, entre rayos y truenos, que lo magnifica y lo restituye, engrandeciéndolo, en un plano superior del espíritu.

Alguna vez dijo: "Aprender a sufrir es importante" y otra: "El hombre va formando la columna de la vida con los martirios de su pensamiento". Y, hablando de las vidas heroicas dijo: "El secreto de la vida de Miguel Angel está en haber transformado sus dolores en mármol inmortal!" También el secreto de mi vida, esta trasmutación de alquimia espiritual, fué lograda por el maestro que supo ahondar en su dolor para convertirlo en luz, en esperanza, en comprensión, en fraternidad! Nunca lo vimos triste: "el dolor es un vino heroico que ignora la tristeza"!

Cuando estaba abatido por la incomprensión o por la falta de lealtad o por el dardo que mano oculta le lanzara hacía recordar el soneto de Baudelaire: el gran albatros, rey del azul, con sus grandes alas blancas, sus alas de gigante caídas a ambos lados e imposibilitado para caminar por los caminos pedestres de los humanos. Rey del azul fué él, que levantó su vuelo para anunciar auroras y renacimientos!

Lo vimos en los últimos años llevan-

do por donde quiera como norma de su espíritu una palabra: ¡Serenidad! La escribía en el libro que estudiaba, la escribía al margen de los apuntes para sus conversaciones; la dejaba escrita en una tarjeta en lugar bien visible de su escritorio. De seguro la pronunciaba al amanecer como una plegaria maravillosa: ¡Serenidad!

¡Serenidad! ¡Es decir algo más que paz! ¡Es decir: dominio perfecto del espíritu frente al dolor, frente a las tentaciones; en medio de la ruina de la arcilla mortal; en medio de los esplendores del triunfo! ¡Serenidad! ¡Luz tranquila en medio de los vientos desatados; equilibrio de alas condóricas sobre los huracanes; lámpara encendida a los pies del Maestro con la llama verdadera de la comprensión de la Realidad, de la Vida, del Amor!

¡Serenidad! ¡Qué palabra más alta para la conducta de un luchador! Seguro fué que al pronunciarla o al pensarla sentía en su ser ese aplomo magnífico que tienen en los bosques los cedros milenarios. ¡Serenidad! ¡Serenidad!

¿No pensáis en el mar en calma? ¿No veis esos montes nevados que doran las auroras? ¿No se os presenta Jesús, envuelto en su túnica, descalzos los pies, más blancos que la nieve, atadas las manos, como manojos de lirios silvestres y con su rostro pálido divinamente encendido en la serenidad de la mirada de sus ojos profundos, compareciendo en el balcón de Pilatos ante la turba jayanesca que vociferaba: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!? ¡Serenidad! ¡Serenidad!

Musa o ángel de alas de seda que inspiró, desde lo alto, los últimos años del Maestro! Musa o Angel nacido de su propio espíritu, que le dió fuerza para esperar la muerte y darle la bienvenida como a una antigua prueba que trajera en sus manos la lanza de la herida en el costado o el cáliz del áspero vinagre para su boca sedienta de luz.

Dejemos para otra hora de cordial recuerdo la evocación del artista de la palabra que fué el Maestro: dejemos para otra hora señalar cómo su palabra no fué nunca ejercicio ni pretexto para ejercicio de vanidad o de retórica, sino instrumento para volcar ideas sobre las mentes o sentimientos nobles sobre los corazones. En otra hora pudiéramos contemplarlo como el técnico, como el hombre culto que busca en la ciencia y en el arte las orientaciones de verdad y de belleza que hagan eficaz y noble su tarea.

Pocos, por no decir ninguno, dominan tan a conciencia en Costa Rica los estudios de educación como los dominó Omar Dengo. Luchó porque las discusiones pedagógicas, o educacionales, orientación de la enseñanza primaria y secundaria, preparación de maestros y profesores, programas, métodos etc., etc. salieran del círculo vicioso de la opinión puramente personal basada en el 'yo creo" o en el "a mí me parece", cuando no en el troglodita "a mí me da la gana" y se plantearan en los campos técnicos de la experimentación, y de las conclusiones biológicas, psicológicas y sociológicas de la mente moderna. No lo entendieron; "en este país—decía—es un gran progreso no tener ideas!" Podríamos contemplar este lado de su personalidad que fué el periodista polémico y el comentador profundo a estilo de Maragall. O este otro: el conversador, el conferencista, el profesor que daba clases como jugando al modo ático con los conceptos y que sabía bien la lección socrática del diálogo del alumbramiento.

O este otro, todo para el corazón, el hombre de hogar, el papá bueno, tierno, dulce como un niño...

Pero el tiempo vuela con alas más rápidas que las vibraciones que ahora se llevan mi voz y es preciso decir las últimas palabras en recuerdo del Maestro, mas, como las mías si plenas de cordialidad no han alcanzado la vibración que viene de Dios, abro el Libro de la Sabiduría (1) y recojo de él para consagración final del maestro estos versículos:

"El justo aunque sea arrebatado de muerte prematura estará en lugar de reposo. Porque no hacen venerable la vejez los muchos días, ni los muchos años; sino que la prudencia y juicio del hombre suplen por las canas—y es edad anciana la vida inmaculada!—Porque el justo agradó a Dios, fué amado de El; y como vivía entre los pecadores, fué trasladado a otra parte. Fué arrebatado porque la malicia no alterase su modo de pensar, ni sedujesen su alma las apariencias engañadoras. Pues el hechizo de la vanidad oscurece el bien verdadero; y el inconstante ímpetu de la concupiscencia pervierte el ánimo inocente. Con lo poco que vivió, llenó la carrera de una larga vida".

Carlos Luis Sáenz

Heredia, Novbre. 18 1932.

(1) *Sabiduría.* Cap. IV. vs. 7 a 13.

Vicente Blasco Ibáñez...

(Viene de la página 296)

de libros en el sentir de algunos críticos son nocivos porque son falsificación de la historia, porque no respetan los fueros de la exactitud y porque los fuegos de la imaginación convierten a los personajes que actuaron en los escenarios del mundo en simples maniquíes de la farándula que desempeñan el papel que les asigna el capricho del novelista; alguna verdad habrá en el reproche pero es lo cierto que esos libros han tenido siempre la aceptación entusiasta del público y con estar advertido éste de que lo que se va a representar es fábula pura, no se le falta al respeto a la gravedad de la historia, ni se falsean los conceptos adquiridos en las aulas. Por otra parte, un personaje de Shakespeare o "Don Quijote" de Cervantes, tienen más vida real que muchos actores de la historia y hay ficciones que sería lástima destruir porque encantan nuestra mente so pretexto de revivir la verdad histórica o el color local.

Cuando Blasco Ibáñez estaba en plena posesión de sus facultades artísticas, visitado en Mentón por multitud de sugestiones aladas, solicitado por numerosos temas de trabajo que se proponía desarrollar en los años sucesivos, ya que no tenía que pensar en las preocupaciones materiales aseguradas cada día más con el éxito de sus libros y con la riqueza conseguida y acumulada que le servía para rodearse de cosas bellas en su villa de la Costa Azul, en uno de los sitios más poéticos de Europa, digno de la imaginación de aquel hombre meridional, que tenía nostalgia, por los cálidos rayos del sol de su patria; cuando, pues, había llegado la gloria, vino la muerte en pos de ella y nos privó a los innumerables lectores de los primores de una labor literaria que salían de la mano del Maestro, a plena conciencia de que sus concepciones, llenas de luz y de belleza podían rivalizar entre ellas, pero que todas eran dignas y estaban seguras del laurel de la victoria.

Uno de los hombres más bien enterados que tiene el país, que cultiva la ciencia sin descuidar el arte, me informó hace poco que ha leído en un libro de exploraciones y cacerías en el centro del Africa, que el autor supo la muerte de Blasco Ibáñez en plena selva, por cuanto el gobierno británico tuvo a bien informar en sus vastos dominios de todo el orbe, este lamentable suceso de carácter mundial. En verdad que el escritor que inició su carrera bajo modestas apariencias había llegado a merecer la extensa notoriedad que raras veces obtienen los autores de obras teatrales y de relatos novelescos.

El gobierno de España, al hacerle honores excepcionales ha querido exaltar en la personalidad de Blasco Ibáñez, en primer término a uno de los precursores de la segunda república, a quien después de sus luchas en el periodismo, con su oratoria inflamada había logrado una credencial de diputado a Cortes del pueblo de Valencia, poniéndose en las filas de vanguardia en la política, como su gran compañero de letras Pérez Galdós; y como toda la pléyade de hombres de estudio que en la revolución y en el Parlamento han ilustrado los albores de la vida nueva y de la regeneración de las instituciones de la Madre Patria; pero estamos seguros también de que este criterio partidarista que es legítimo, no ha sido exclusivo para acoger las cenizas gloriosas que vuelvan a su tierra, pues los ilustrados dirigentes de ese gobierno, con amplia visión, contemplan a Blasco Ibáñez como lo que él tiene derecho a que se le considere, como uno de los valores representativos del genio alegre y luminoso de España ante el mundo, en los tiempos contemporáneos.

Alejandro Alvarado Quirós

Noviembre de 1933.

La tragedia de los intelectuales

= De *El Universal*, México, D. F. =

La técnica moderna que revolucionó las formas de la producción a tal punto que entre la gran fábrica de hoy y el taller medioeval existe la misma diferencia que hay entre el grano de arena y la montaña, ha creado un sector social casi desconocido para los hombres de hace ochenta años, que tiene el significado aparente de haber dado mayor dignidad que nunca a las profesiones superiores, y que aspira en los actuales momentos a ser el eje de la vida social, conduciendo a la clase proletaria y a la clase burguesa, y viviendo por encima de ellas como un verdadero árbitro que tiene la facultad maravillosa de poseer la verdad y de mostrarla, para conservar su privilegio y hacerse respetable como jamás lo fuera otro grupo histórico. Los técnicos pretenden, así, y con ellos los profesores, las gentes de letras y todos los titulares de los oficios engrandecidos por la difusión de la escuela, el progreso de las artes gráficas y el poderoso crecimiento del comercio y de las instituciones de crédito, no sólo rehabilitar a la clase media, blanco permanente de los ataques del capitalista y del obrero, sino también comprobar que la tesis de la proletarización de los individuos que forman esa clase—que proporciona la mayoría de los profesionales,—es falsa, deprimente e injusta.

Karl Marx decía en 1874, en el Manifiesto: "en las primitivas épocas históricas comprobamos por todas partes una división jerárquica de la sociedad, una escala gradual de condiciones sociales. En la antigua Roma hallamos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores, vasallos, maestros, compañeros y siervos y, en cada una de estas clases, graduaciones particulares... El carácter distintivo de nuestra época, de la época de la burguesía, es haber simplificado los antagonismos de clase. La sociedad se divide cada vez más en dos grandes grupos opuestos, en dos clases enemigas: la burguesía y el proletariado... La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones hasta entonces reputadas de venerables y de veneradas. Del médico, del jurisconsulto, del sacerdote, del poeta, del sabio, ha hecho trabajadores asalariados". Estas afirmaciones de una realidad objetiva evidente, crearon para el socialismo y para su fundador numerosos enemigos entre los intelectuales, más que por su veracidad, no puesta en duda, por el hecho de haber denunciado públicamente su exactitud, menoscabando ante la clase alta y ante la clase baja el prestigio secular de los hombres cultos. En las dos últimas décadas del siglo XIX y en las dos primeras del que vivimos, se había apoderado de los intelectuales un estado de ánimo de depresión creciente, ante la comprobación de la ley de pauperización de sus profesiones, que se infiere de las afirmaciones de Marx, y hubo un período de algunos años, los próximos a la Guerra Europea, en que la clase media de algunos países se apresuró a desviar a sus hijos de las clásicas escuelas universitarias, optando por el aprendizaje de oficios manuales más lucrativos que los otros y con seguras y constantes perspectivas de éxito. Pero la intervención del Estado en el proceso económico, iniciada francamente durante el conflicto armado y en avance continuo hasta hoy, además del aumento de los profesionales de tipo antiguo y de la aparición de otros de actividades novísimas, ha hecho renacer la fuerza política perdida por la clase intelectual y compensando con creces el lapso de tiempo en que vivió creyéndose irremisiblemente arrollada por el proletariado militante.

Nuestra época es la época de la técnica. Por doquiera se oye hablar de la técnica y de los técnicos como del medio de gobernar que ha reemplazado a la táctica política y de los hombres superiores que, emancipados de la clase burguesa y más allá de ella y de las masas populares, salvarán a la humanidad de la gran crisis histórica por la que atraviesa. Detrás o al lado de cada gobierno hay un grupo o un estado mayor de técnicos que observan los hechos sociales, los encauzan y pretenden utilizarlos imponiéndoles una docilidad semejante a la que han logrado con la energía eléctrica. En cada fábrica ha sido sustituido por un laboratorio el hombre de intuición o de carácter que antes la manejaba. En cada banco en lugar del experimentado hombre de negocios hay uno o varios técnicos. En cada escuela en vez del profesor con amor espontáneo a su trabajo, del apóstol romántico, de otros tiempos, que dirigía las conciencias y alentaba las voluntades, preside hoy las labores un técnico en el arte de enseñar y sin preocuparse de la orientación social de los graduados y de su actuación política futura, las escuelas superiores se reorganizan para formar técnicos, gobernantes de hecho, conductores obligados de la economía pública y jueces de los derechos individuales y colectivos. La cultura se rehabilita también: vuelve a hablarse de la cultura como meta del proceso histórico, de la cultura por la cultura, y de esta suerte el hombre culto y la clase media a la que pertenece, se yerguen algunos codos por encima del vulgo y de sus bajos intereses y exigencias desagradables. El intelectual vuelve a la cumbre del edificio social y readquiere su viejo papel de conductor, jefe, maestro e intérprete de la voluntad humana y de las fuerzas sobrehumanas, que tuvo en la infancia de las comunidades sociales.

Sin embargo, este panorama luminoso y risueño que presenta la clase media y dentro de ella la clase intelectual, no es sino un artificio creado por la misma pequeña burguesía, hábil como ningún otro grupo social para inventar recursos que impidan su desaparición como entidad con fuerza propia. El artificio consiste en elevar a la técnica y, en general a la cultura, a la categoría de fin, cuando la cultura ha sido siempre un simple medio de expresión y de trabajo del hombre en el curso de su evolución histórica. ¡Formar técnicos, hacer hombres cultos, crear seres superiores! Este es el lema de los intelectuales contemporáneos. El propósito es loable; la utilidad del técnico es indiscutible; la superioridad social del hombre culto no puede negarse; pero la interrogación surge en seguida: ¿a quién va a servir el técnico, el hombre culto? Los intelectuales contestan apresuradamente que a todos, a pesar de todos y frente a todos si es preciso. Parodiando la frase de Hegel sobre el Estado, podría decirse que a juicio suyo, el intelectual señala el camino de Dios por el mundo: así de arrogante es su nueva megalomanía y su falsa emancipación.

El penetrante examen de Marx sobre la composición y el porvenir de la clase media y sobre el carácter de superestructura que posee la técnica y la cultura toda, no sólo es válido aun sino que los hechos recientes lo confirman y lo amplían con nuevos ejemplos. El fin

vital, económico, de la ciencia, nadie se atreve a negarlo: ciencia y técnica son como los lados de una moneda, y entre la técnica como método de explotación del medio físico o de organización del factor humano y los propios recursos naturales y sociales, existe la misma diferencia que hay entre el carbón y la fragua, entre el trabajo del obrero y las monedas que recibe a cambio de su esfuerzo, o entre el voto que deposita el ciudadano en las elecciones democráticas y los beneficios que recibe del Gobierno. El descubrimiento del radio fué un hallazgo científico sin propósitos políticos, como el descubrimiento de América fué un hallazgo político sin fines de inmoralidad; pero así como la tierra de este Continente sólo sirve a una reducida minoría, el radio como medio curativo sólo aprovecha a un grupo de privilegiados por su dinero. Las fuentes todas y los medios todos de la producción económica y el fruto del trabajo social pertenecen a un grupo reducido. A manos de este grupo llega, en consecuencia, todo invento, toda técnica y todo hombre superior, todo individuo culto, si quiere vivir como persona superior, respetable y respetada.

La emancipación del técnico respecto de la burguesía, si ejercita su oficio lucrativamente, es falsa. La falange de técnicos creada por la estupenda máquina social de hoy, no es sino el cuerpo consultivo de la clase capitalista que ésta ha necesitado organizar para seguir revolucionando los medios de la producción, a fin de conservar su hegemonía material y política.

Los intelectuales, como clase social, no tienen de su autonomía más que la ilusión de que son libres. Mientras subsista el régimen burgués serán criados o consejeros de la burguesía, del mismo modo que en ciertas religiones los que pecan pertenecen de un modo irremisible al diablo. El capitalismo los necesita hoy en cantidad y por eso los fabrica; pero cuando deba cambiarlos por otros, dejará a los antiguos y forjará los nuevos como sucede con los continuos modelos de fonógrafos o de máquinas sumadoras. Y en las épocas de crisis conservará a los indispensables y lanzará a la calle a los que sobren, y a medida que el oficio que desempeñen vaya siendo menos útil, sus salarios irán bajando como bajó el precio de las carretelas ante la aparición de los automóviles.

Ser más que los de abajo es una ingenua utopía de los intelectuales. Llegará una vez en que los de abajo suban y los de arriba bajen y entonces no habrá entre el intelectual y el obrero más diferencia que la que existe actualmente entre el que dibuja los planos de un edificio y el que hace las paredes o coloca las ventanas: división del trabajo, según la actitud y la vocación hechas oficio.

Pretender mantenerse en un plano social superior por parte de los intelectuales, no producirá más resultado que los de prolongar un poco el derrumbamiento inevitable del régimen capitalista. Pero la caída es fatal y con ella los intelectuales olvidarán sus virtudes y sus otros prejuicios.

Si el intelectual, en cambio, se decide a actuar al servicio de la sociedad futura, sumándose al proletariado, contribuirá eficazmente al advenimiento de un mundo mejor para sus hijos. Y el principio de este camino se encuentra en abandonar ese "estado de espíritu" de que habla Vaz Ferreira, propio de los hombres cultos, quienes debido al crecimiento de su inteligencia complican extraordinariamente toda la moral, no sólo creando nuevos problemas, sino complicando sobremanera la solución de los vulgares. Dice el filósofo uruguayo hablando de esta clase social: "sufren una ilusión la mayor parte de los que se creen espíritus libres; y no lo son, muchísimos, y creen serlo, y parecen serlo, porque resuelven en sentido liberal las cuestiones que la humanidad de hecho, o por lo menos de pensamiento, ya tiene resueltos; sin embargo, son terriblemente conservadores, retardatarios, inertes, con respecto a las cuestiones que no están resueltas todavía... En todos los problemas **en lucha,** son conservadores; en todo lo que no está resuelto, en todo aquello en que hay verdadera oposición, en todo aquello, precisamente, en que los espíritus libres hacen falta... Algunos años más tarde, una vez que todos los espíritus que saben pensar y sentir han resuelto el problema, entonces será cuando ellos cambien; esto es, cuando ya no haga falta..." ("Moral para Intelectuales". Montevideo. 1920. Pág. 163).

La tragedia de los intelectuales subsiste: en estos momentos los que actúan son los personajes heroicos: pero el desenlace funesto se aproxima con la rapidez casi mágica con la que las nubes de la tempestad ocultan los rayos del sol.

Vicente Lombardo Toledano



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Cómo se debe leer la Biblia

= De *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.* Buenos Aires, Rep. Argentina. =

1.—El Grande Libro asusta al lector. Sus apretados capítulos le dan la impresión de que nunca terminará su lectura. La comienza generalmente con la curiosidad voraz con que se acerca a las demás obras. Y la Biblia no es un tratado ni es un libro recreativo, que hay que estudiar con método fatigoso o recorrer con impaciente rapidez. Acaba, sin duda, por ser el más vasto conjunto de tratados y la recreación más profunda, cuando hemos aprendido a adaptarla a la capacidad normal de nuestra atención. He dicho que no hay que estudiarla y me refiero con esa recomendación a los que no tienen todavía la costumbre de hallar en sus páginas lo que más se aviene con su estado de espíritu del momento en que la toman en sus manos. Pero, hay que meditarla siempre, es la condición indispensable para descubrir en cada versículo el doble contenido de su belleza y de su significación trascendente. Imaginemos al lector que desea iniciarse en su conocimiento. Debe olvidar sus nociones científicas sobre la formación del mundo—nociones debatidas y debatibles—y considerar el Génesis como una cosmogonía común, esto es, como una construcción teórica que después se entretendrá en refutar o en confirmar, comparándola con construcciones análogas. Al reflexionar sobre esa explicación de la hora primaria del universo, se dará cuenta—véase la jornada inicial de "La vuelta a Matusalén", de Bernard Shaw—de que no difiere mucho de las hipótesis más serias de los geólogos, de los cosmógrafos, de los biólogos. Lo que diferencia a la Biblia de los ásperos volúmenes de los hombres de ciencia, es el idioma. El idioma bíblico substituye las fórmulas áridas por fórmulas inspiradas y lo que más nos sorprende en ellas es precisamente su sencillez. El lector inexperto creerá inmediatamente que su sentido simbólico se le escapa, porque "comprende fácilmente" lo que dice el texto. Y no es así. La Biblia ofrece muchas acepciones; jamás una acepción oculta. Es justamente la absoluta desnudez de su palabra lo que le comunica constantemente lo que podríamos llamar una presencia divina. El que se habitúa a leerla, se convence, al fin, de que es un ordenamiento de todos los aspectos que interesan a la inteligencia y de todos los problemas morales que se agitan en el individuo, ilustrada con sucesos, episodios dramáticos, anécdotas y con

flictos que confieren a su aglomeración un valor humano, distinto del valor de una doctrina o de un sistema de ética, porque en ella el hombre no es una abstracción sino un protagonista de estatura ordinaria, colocado invariablemente bajo la influencia de lo extraordinario, que es la divinidad, o las contradictorias intervenciones de lo desconocido que asume para el racionalista el carácter del destino. En las experiencias de ese protagonista variable hallamos el hilo que da cohesión a la historia de la humanidad.

2.—Hay que leer la Biblia lentamente. Aconsejo leer uno o dos capítulos por día. Creado el hábito de frecuentarla, se descubrirá que ningún pensador, ningún filósofo, emplea lenguaje más "estrictamente adecuado", más permanentemente grandioso y más descarnadamente simple. En español hay diferentes versiones. La de Torres Amat, la de Scio de San Miguel, católicos, y la de Cipriano de Valera, difundido por las sociedades protestantes. Es la mejor versión, la más ajustada al texto hebraico, de una bella sobriedad, cotejada probablemente con las traducciones rabínicas que se guardan en la Biblioteca del Escorial. Sin embargo, acusa un grave inconveniente; excluye algunos libros. La vulgata católica es más segura como texto canónico y encierra la totalidad de los libros, con excepción de los evangelios apócrifos. Recomiendo para el trato cotidiano a Valera, la versión primitiva y no la modernizada, en la cual se encuentra esta monstruosidad literaria: "Dios dijo a Moisés con mucho rigorismo".

3.—Enrique Heine, versado en hebreo, dice que la Biblia está escrita en "un estilo de agenda". Es verdad. El idioma bíblico es parco y lo asombroso es que sea tan continuamente poético y épico a la vez, aunque Renan—en "El porvenir de la ciencia"—sostiene que es poético y no épico y halla, en cambio, épica la descripción del nacimiento de Buda; es poético porque se vale incesantemente de la imagen, no como recurso auxiliar, sino como visión directa de las cosas. Verbigracia: "El espíritu de Dios flotaba sobre las aguas". Es épico por la naturaleza de la imagen en que el hombre está frente al universo o el universo frente a Dios. Para Renan lo épico viene de la multiplicidad y no de la amplitud del fenómeno descrito en sí. Por otra parte, la Biblia (no los profetas y los libros individuales, como el Cantar de los Cantares), la Biblia, digo, no describe; la Biblia afirma y enuncia. Ewald, hetorodoxo, la llama la "primera universidad y la primera metafísica".

4.—Acostumbrado el lector a leerla con lentitud, volverá a leerla sistemáticamente para buscar lo que su ánimo requiere en ese día. Mas, advertirá que no le fatiga estudiar un manual de geología, porque aprendió en el Génesis elementos de física cósmica, de antropología, de prehistoria, y tampoco le fatiga analizar un manual de ciencia jurídica porque se familiarizó en el Levítico y en el Deuteronomio con el Derecho y con la Teología, en Reyes, en Crónicas, en Números, con la Historia. Más tarde, los profetas le enseñarán problemas morales y nacionales, Salomón le iniciará en la sabiduría triste de la decepción, Job en el dolor, Isaías en los ensueños cristianos anteriores al cristianismo. Buscará en la Biblia su ración diaria, "tajada de sangre y espíritu". Comprenderá así que la Biblia le revela a la humanidad en hechos aislados y en figuras. Cuando esté cansado de hechos, se dirigirá a las canciones. ¿Canción mística? Los Salmos. ¿Necesita abrir los ojos a algo matinal que haga temblar su corazón y estremecer su piel? Leerá el Cantar de los Cantares y se le aparecerá la Sulamita con su olor de nardo y su sabor de miel.

5.—Sigo el mismo procedimiento con los Evangelios. Hay que leerlos, no con criterio político, sino con criterio religioso y entiendo, por criterio religioso un estado de emoción en que la simpatía adquiere una fuerza activa y no es una espectación indiferentemente crítica. Los Evangelios constituyen un libro de intimidad. Hice una vez esta prueba: leí ante una docena de personas capítulos de San Mateo. No les impresionaron. Los leí a una persona y a los pocos instantes, se le comunicó lo que realmente hay en el Evangelio, o sea, el poder de penetración, el contraste de lo espiritualmente rastrero con lo espiritualmente idílico. Lo prístino del alma humana, la frescura de encontrar el amanecer en el alma, fluye de los evangelios: el hombre oscureció la vida y oscureció el mundo. Jesús le trae el alba de una nueva mañana.

6.—El hombre hace la historia, que es su devenir, como el pintor hace el cuadro. Crea pedazos y retrocede para contemplarlos y para acentuar o rectificar sus detalles. Creyó a menudo que la Biblia no nutre más su agobiada conciencia. Retrocede para hallarse nuevamente en la Biblia y al avanzar percibe que no sale de sus límites, porque la Biblia—Biblia y Evangelios—forman el total, el sumo total, el espectro de la universalidad en que nos debatimos. Y esa universalidad no se abarca con la ligereza de una novela, de una obra circunscrita, de un trazo de época. Se abarca como haciendo un camino alrededor del globo terrestre, despaciosamente, en la seguridad de que llegaremos al final y jornada tras jornada habremos visto la senda que empieza en la ribera fragante del Eufrates y se extingue junto a la sombra que proyecta nuestro cuerpo.

Alberto Gerchunoff

Cabos sueltos

La Sociedad de Graduados de la Escuela Normal ha reconsiderado en estos días su antiguo compromiso: editar las Meditaciones *de Omar Dengo. Dos tomos han salido ya. La Soc. de Gr. quiere sacar el 3.º Bastaría que 200 de los graduados (de 800 ya pasan) resolvieran tomarlo, y tan noble deseo se realizaría. Bastaría—por lo tanto—que cada suscritor remitiera al editor del* Rep. Am. *el costo del tomo: ₡ 2.00.*

Cogido el valor de la edición, pondríamos en seguida manos a la obra. La Soc. de Gr. da el ejemplo y contribuye, a su vez, con ₡ 100.00. Si hay más contribuciones de amigos, que no de alumnos, tanto mejor. Esperamos...

Hay un obrero interesado en la venta de El Capital *de Marx, traducción de Manuel Pedroso y edición de M. Aguilar, en un tomo empastado. Madrid, 1931.*

De segunda mano, la obra está como nueva. Se vende en ₡ 20.00. Diríjase al Adr. del Rep. Am.

Disponemos de ejrs. de la obra poética de Porfirio Barba-Jacob, titulada Rosas Negras, *edición de Guatemala, 1933. Con una Introducción del autor y un Apéndice de Raf. Arévalo Martínez. A ₡ 3.25 el ejpr. en rústica. Pídala al Adr. del* Rep. Am.

Compramos el Num. 2 del tomo XXVI del Rep. Am.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 / (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Versos nuevos de Claudia Lars

= *Colaboración* =

ROMANCE DE LA QUE MURIO SOLITA

Para *Leon Pacheco*

Fulgor extraño en los ojos,
tímida y dulce la voz,
pitahaya el labio en fiebre,
y de paja la color.
No era bella, mas tenía
su rostro tal expresión,
que la gente se paraba
para mirarla mejor.
Canto amortiguado en seda
era su voz.

Cuentan que un día, en la calle,
pájaro enfermo, cayó.
Espiga que quiebra el viento,
florcita que agosta el Sol.
La recogió el que pasaba,
la recogió con primor,
y en el Sanatorio fué
el número 82.
La muerte mostraba el rostro,
mas no la hoz.

Hacía ya casi un año,
—madejita en un rincón,
en total renunciamiento,
íngrima con su dolor;
sin pedirle nada al mundo,
ni rogarle más a Dios,
corderito sin balido,
ovillo de compasión,
que vivía, calladita,
en su rincón.

¿Nunca tendría un amigo?
¿No habrá conocido amor?
¿Añoranzas de ternura
o cenizas de pasión?
Jamás recibía cartas,
ni nadie la visitó,
sólo la luna, de noche,
y de mañanita el Sol.
Tal vez amó y el amado
le fué traidor.

Anoche, sin hacer ruido,
despacito se murió,
doblando sobre la almohada
cabecita de gorrión.
Corrían las enfermeras,
iba y venía el doctor,
y a media voz, compañeras
rezaban una oración.
El temporal de estos días
se la llevó.

La tendieron en camilla.
Iban por el corredor...
La velaron en la Morgue,
en el centro del salón,
y a las diez de la mañana
la llevó el enterrador.

Sigue la vida adelante
y ya todo se olvidó.
¡Los que mueren sin amores,
mueren mejor!

¡Ya descansas, cabecita
de gorrión!

Tierra Blanca (Costa Rica), noviembre del 33.



Claudia Lars

Dibujo de *F. Amighetti.*

ADIVINO EN EL TIEMPO

Para *Tula van Severen*

Adivino en el tiempo y sorprendida
voy leyendo las líneas de mi mano,
y tengo ante los ojos el Arcano
como negra visión aborrecida.

Mi carne, por el miedo sacudida,
ha sentido miseria de gusano.
Y dentro del espíritu el desgano
de seguir adelante con la vida.

¡Dolor que me persigue entre lo sombra,
amor que ni se piensa ni se nombra,
con clavo ardiente me han crucificado!

¡Regusto de cenizas en la boca,
angustia loca, loca que provoca
este grito ante el cielo desolado!

SURSUM CORDA

Corazón extraviado que pusiste
tu empeño y tu ilusión en vana cosa,
y tras la llama de quimeras fuiste
como una atolondrada mariposa.

La vida fué traidora y engañosa.
Te devolvió en dolor amor que diste.
Hubo un insecto para cada rosa.
Y quedaste abatido, huraño y triste.

Levanta con alor las alas rotas.
Brille como un estrella, en las remotas
lejanías azules, tu ilusión.

Ansia divina mueve tu latido.
¡Si equivocas la ruta y el sentido
de tu impulso, te pierdes corazón!

LAUDE A SAN FRANCISCO DE ASIS

Para *Salarrué*

Dame, en el ámbar del día,
Sol, tus prismas y fulgores.
Dame tus rayos mejores,
para vestir mi alegría.
Su más rara melodía
la brisa diga a las flores,
y fragancias y colores
llenen la copa del día.

Laude y gloria para el Santo,
el dulce juglar de Dios,
el que con sencilla voz
soltó en el viento su canto.
Canto que decía tanto,
pues, de lo divino en pos,
hablaba lengua de Dios
la mística voz del Santo.

Dadme, abejas, la más rica
miel de la rubia colmena.
Insecto, dame tu antena
tan primorosa y tan chica.
Arrulle la tortolica,
la tortolica morena,
y por cándida y por buena
sea nuestra ofrenda rica.

Dame, alondra mañanera,
tu gorjeo cristalino.
Repita tu nuevo trino
céfiro de la pradera.
¡Quién aprenderlo pudiera
y soltarlo en verso fino!
¡Un fino verso latino
para Francisco quisiera!

Lobo, bajo su mirada
vas perdiendo la malicia,
mientras tu lomo acaricia
la tosca mano confiada.
Bestia arisca y solapada,
en dulce emoción novicia:
un tierno instinto se inicia
bajo su mano confiada.

Luna y estrellas del cielo,
nieve de la alta montaña,
fiera del bosque, alimaña,
águila de altivo vuelo.
Sabandija que en el suelo
cobarde corres y huraña,
bajo el sol que a todos baña,
hermanos de tierra y cielo:

celebremos en un coro,
su bondad linda y sencilla,
su pureza sin mancilla,
su caridad, su decoro;
de su paciencia el tesoro,
su candor que maravilla,
y sus himnos de avecilla
que hubiera el buche canoro.

Para Francisco de Asís,
tengamos día de fiesta.
Canten campanas y orquesta,
laude al "corazón de lis".
Humildad de flor de anís
luce su frente modesta.
¡En la gloria de su fiesta
laude a Francisco de Asís!

Imprenta LA TRIBUNA